

# SRI SUMARAH

Umar Kayam



EL COLEGIO DE MÉXICO



SRI SUMARAH

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA



# SRI SUMARAH

*Umar Kayam*

Traducción de  
Evi Yuliana Siregar  
Atzimba Luna Becerril

899.2213

K233s

Kayam, Umar, 1932-2002

[Sri Sumarah dan cerita pendek lainnya. Español]

Sri Sumarah/Umar Kayam; traducción de Evi Yuliana Siregar,  
Atizamba Luna Becerril. –1ra ed. – México, D. F. : El Colegio de México,  
Centro de Estudios de Asia y Africa, 2008.

86 p. ; 21 cm

Título original: Sri Sumarah dan cerita pendek lainnya.

ISBN 968-12-1309-2.

1. Indonesia – Vida social y costumbres – Novelas. 2. Mujeres –  
Indonesia – Novelas. 1. t

Primera edición, 2008

D. R. © El Colegio de México  
Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa  
10740 México, D. F.  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 968-12-1309-2

Impreso en México

## ÍNDICE

Introducción.....	9
I.....	15
II.....	23
III.....	51
IV.....	61
V.....	79
Anexo.....	81
Biografía del autor.....	85



## INTRODUCCIÓN

*Sri Sumarah* es la historia de una mujer javanesa de familia noble que así se llamaba. Se crió con su abuela en un medio completamente integrado a la civilización y a la filosofía javanesas. Cuando los padres de Sri murieron, su abuela les prometió que la educaría y que cuidaría de ella hasta que, tras terminar sus estudios en la ciudad, se hubiera casado y tenido hijos. La abuela era una mujer sensata, y por eso permitió a la joven vivir sola en la ciudad mientras concluía la secundaria. Una vez que hubo cumplido 18 años y terminado la secundaria, Sri se casó con el hombre que su abuela eligió para que la desposara, como se acostumbraba en esa época. Voluntariamente aceptó las enseñanzas y la preparación que le dio la anciana, quien procuraba hacer de ella una esposa perfecta según la tradición de la cultura javanesa; Sri pensaba que las mujeres debían comportarse tal como decía su abuela:

“No es una casualidad, hija, que tu nombre sea Sri Sumarah. Por ese nombre se espera que tú te comportes y actúes de forma *sumarah*, humilde y abnegada. Esto no significa que sólo calles y no hagas nada, hija. Abnegada significa que seas comprensiva y abierta, y que no te niegues...” (p. 19.)

[...] para evitar que el esposo se debilite y que la debilidad se desarrolle, la esposa debe ocultarla y minimizarla de diferentes maneras. La casa debe estar tranquila para que el esposo se sienta a gusto cerca de su esposa. “Esto se puede conseguir por medio de la cocina, la cama, la actitud y las palabras diarias, hija.” De la cocina, claro, por medio de comida deliciosa, y deliciosa significa que sea adecuada al paladar del esposo. De la cama significa... sí, eso.



“Debes tener paciencia, hija. Paciencia. Aquí tu abnegación será realmente probada. Aunque los hombres son diferentes, en la cama todos son niños mimados. Por eso, ten cuidado. Los niños mimados pueden hacer berrinches si no consiguen lo que quieren.” (pp. 19-20.)

De acuerdo con sus tradiciones y su cultura, su abuela le enseñó todo lo que debe ser y hacer una esposa, y le hacía tomar una bebida tradicional para mantener una buena figura, así como para cuidar el “olor” del cuerpo. “Recuerda hija, si no eres cuidadosa con el olor de tu sudor, todas las partes de tu cuerpo olerán muy mal, principalmente en la parte de allá abajo y así, ¿cómo se te va a acercar tu esposo?” (p. 20.)

El matrimonio con el hombre elegido por su abuela duró 12 años, y fue maravilloso para Sri, quien creyó que todo lo que su abuela le enseñó era cierto y útil. Estaba muy agradecida por haber sido educada por su abuela, por haber podido estudiar, por haber vivido en la ciudad y logrado casarse con el hombre elegido por su abuela.

*Sri Sumarah* es la historia de una mujer excepcional que luchó por adaptarse al mundo cambiante que le tocó enfrentar, a pesar de la carga que le imponía su educación tradicional javanesa. Esta novela nos ofrece la oportunidad de adentrarnos en la noción tradicional de la mujer javanesa. No obstante, en el relato podemos apreciar la historia triste de una sociedad que lucha por sobrevivir mientras transita de comunidad agrícola a urbana.

Tres acontecimientos trastornaron la vida de Sri: la muerte de su amado esposo, el embarazo de su hija y la participación de ésta y de su yerno en la organización de jóvenes del Partido Comunista en los años sesenta. Frente a esos sucesos perturbadores, que pusieron a prueba su carácter como mujer y como madre, Sri aceptó su suerte con resignación, como correspondía a una buena mujer javanesa.

Ella aceptó su destino tal como lo indica su nombre, *Su-marah*, el cual significa “someterse a su destino”. Nunca supo

por qué persiguieron a su hija y a su yerno, ni por qué a él lo mataron y a ella la encerraron. Lo único que sabía es que todo lo sucedido formaba parte de su destino y que debería educar a su nieta, tal como ocurrió. Y también por causa del destino, Sri se convirtió en masajista. Sin embargo, a veces sentía que ya no podía soportar el peso de la vida, porque todo en esa época había cambiado demasiado.

Sri se quitó sus joyas. Se soltó el cabello. Se puso su camisón raído. En el espejo veía a una mujer cansada, con el cabello suelto, casi vieja, pero aún podía sonreír un poco. ¿Era verdad esa sonrisa? Sri no le habló ni le preguntó nada a esa mujer ... (pp. 79 - 80).

Sin duda Umar Kayam, el escritor de *Sri Sumarah* y uno de los grandes autores de Indonesia, logró captar los complejos sentimientos de los javaneses y, al mismo tiempo, poner de manifiesto la gran emoción espiritual de ese pueblo al enfrentar los desafíos sociales, culturales e incluso políticos de su ambiente. *Sri Sumarah* es el resultado de su experiencia y de una observación muy sensible y creativa del entorno social javanés.

Valiéndose de la historia de Sri, Umar Kayam expuso su punto de vista sobre el papel de las mujeres; quería que lucharan y actuaran por su propia voluntad. En varios discursos se refirió al papel que desempeñan en la sociedad javanesa:

En la sociedad javanesa el papel de las mujeres aún está determinado por la elección del sistema de feudalismo aristocrático. El papel de las mujeres es proteger los valores sociales. Sin embargo, esto debe cambiar porque la situación también ha cambiado. Si las mujeres quieren tener una posición importante, ellas deben determinar su papel por su propia voluntad, no por lo que dicta la sociedad. Y para poder hacerlo, primero deben cambiar y desarrollarse. Las mujeres deben independizarse, hacer que

los hombres las respeten y hacer que se les considere como poseedoras de los mismos derechos que los hombres.<sup>1</sup>

A la vez, Umar Kayam consideraba que la cultura no es un hecho consumado, sino un proceso cíclico que siempre se renueva a sí mismo:

Sostengo la tesis de que la cultura no es un hecho acabado, sino un proceso en flujo constante y este proceso depende de los elementos propios de la dialéctica. El proceso en la cultura se puede concebir como un proceso que se repite a sí mismo.<sup>2</sup>

Aparentemente, esta reflexión se basa en el personaje de Sri Sumarah. Ya que es su vida misma, la historia se repite. Sri tuvo que enfrentar la vida y mantener a su hija cuando su esposo murió, luego tuvo que hacer lo mismo con su nieta, porque su hija estaba en la cárcel, así como su abuela tuvo que hacerse cargo de Sri cuando pequeña. Sin embargo, Sri actuó de forma diferente; al parecer su carácter sufrió una “evolución”. Sri se convirtió en una mujer fuerte y decidida, supo cómo comportarse para lograr el respeto de la gente. Ser madre soltera no es fácil y Sri supo esto en carne propia; sin embargo, siempre luchó por imponer su propia voluntad:

[...]Sri no quería que su hija fuera a la Escuela Secundaria para Señoritas, como ella, sino a la escuela secundaria normal. Veía la época más moderna, había más coches, más oficinas y más posiciones aristocráticas, así que pensaba que era lógico que tuviera la oportunidad de desarrollarse, y ojalá que Tun siguiera estudiando en la escuela; Sri quería que su hija continuara hasta cursar la preparatoria en la ciudad J. Ah sí, aunque en la cabecera municipal hay una escuela preparatoria, ella quería que su hija pudiera experimentar y disfrutar la vida de una

<sup>1</sup> <http://www.tokohindonesia.com/alfabet/u/umar%20kayam/ukwafat.html>

<sup>2</sup> *Idem.*

ciudad como J para que su criterio fuera amplio, y sí, también para que fuera feliz. El campo de arroz que le había dejado su abuela no era grande, la pensión de su difunto esposo tampoco era mucha, pero ojalá, pensó, siendo cuidadosa para gastar y recibiendo trabajos de costura de aquí y allá pueda manejar el problema de mantener a su hija. Y como antes con su abuela, Sri expresó su voluntad. (pp. 25-26.)

En resumen, esta novela representa una obra de gran valor literario que nos ofrece una reflexión profunda acerca de la cultura y la sociedad javanesas. No cabe duda que la historia de Sri Sumarah logra describir ampliamente un fenómeno que aún ocurre en la sociedad indonesia. Por ello, *Sri Sumarah*, cuya primera edición apareció en 1975, ha llegado a convertirse en tema de discusión académica en Indonesia y otros países .

Esta obra ya ha sido traducida a varios idiomas y ha logrado un gran éxito. Como parte de un esfuerzo por presentar la literatura indonesia a la sociedad mexicana y a la comunidad hispanohablante, hemos decidido traducir y publicar esta obra. Cabe mencionar que esta traducción al español es la primera que se hace en México de un texto literario escrito originalmente en idioma indonesio. Esperamos que sea del agrado del lector y que pueda motivar la realización de otras traducciones en el futuro. Agradecemos la colaboración de Flavio Rafael González Ayala, quien participó durante el comienzo de la presente traducción.

Agradecemos de manera especial todo el apoyo personal e institucional que hemos recibido de los directores del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, doctor Juan José Ramírez Bonilla y doctor Benjamín Preciado Solís; agradecemos también la colaboración de la Dirección de la revista *Estudios de Asia y África* de El Colegio de México, así como las facilidades para esta publicación; a Cándida Díaz Pérez y Fernando Octavio Hernández Sánchez les manifestamos nuestro reconocimiento por su esfuerzo al revisar y corregir la redacción del texto; a Rafael Martínez García por sus valiosas

opiniones; y a Poppy Yeanny por su apoyo para obtener los permisos de traducción y publicación de la casa editorial Dunia Pustalea Jaya. Finalmente, quisiéramos agradecer a todas las personas que nos han apoyado en el largo camino de la preparación de este libro. No obstante, queremos puntualizar que todos los errores que pudieren encontrarse en este libro son responsabilidad exclusiva de las traductoras.

Evi Yuliana Siregar  
Atzimba Luna Becerril



## I

En su pueblo la llamaban “la maestra masajista”. En realidad ella no era maestra masajista. Tampoco era maestra. Ella era masajista. Bueno, tampoco realmente, porque se suele imaginar a las masajistas como personas a las que les gusta aventurarse por los callejones de la ciudad con un bastón que golpea el piso y que suena “crack-crack”, ¿no? O como aquellas a quienes les gusta sentarse en línea frente a los hoteles o moteles. Ella es diferente. Ella da masaje, pero no en ese estilo ni en esa forma. Da masaje sólo cuando la llaman. Esto significa que se queda en su casa –no espera en los moteles ni camina a lo largo de los callejones– hasta que una persona viene a llamarla. Sin embargo, ¡cuántas llamadas tiene! El relajante masaje de sus manos tiene fama de ser muy eficaz. Según dicen sus clientes habituales, la pesadez, el cansancio y la tensión desaparecen totalmente al término del masaje. Es como si recibieran una nueva fuerza. De hecho, eso es lo que dicen, que la maestra nunca da masaje en la forma “convencional”. Solamente acaricia las manos, los pies, la cabeza y sí, todo el cuerpo lentamente. Pero cuando coloca las manos en una parte específica del cuerpo es como si hubiera descargado electricidad, y con ello hace que los músculos, que al principio estaban rígidos y tensos, se relajen. Cuando los músculos empiezan a distenderse aparece una deliciosa sensación de relajación y calma.

Su nombre es señora Marto. Completo es Martokusumo. Claro que éste es el nombre de su esposo. O para ser más exactos, el “nombre adulto” de su difunto esposo.

Porque en Java es imposible que un niño lleve el nombre de Martokusumo desde su nacimiento. Suena demasiado serio

e imponente. Martokusumo es un buen nombre y, claro, es un nombre con mucho peso. Ese nombre indica que quien lo lleva no es persona común. No es el nombre de un campesino del pueblo que sólo tiene una pequeña parcela o que vende su fuerza para trabajar en tierra ajena. Tampoco es el nombre de un labrador que todos los días renta su yunta, que carga cualquier cosa para llevarla a cualquier lado. Y es obvio que tampoco es un nombre para el herrero del pueblo, que todos los días trabaja haciendo herramientas de cocina, arreglando ruedas de carreta y yuntas. ¡No! La mayoría de esa gente no tendría la importancia, y ni siquiera podría pensar o imaginar tener un nombre como el de Martokusumo. Ese nombre resulta muy pesado para que ellos lo lleven. Su lugar dentro y en medio del mundo está ya definido; también lo están los nombres de acuerdo con su posición. Por ejemplo, *Kromomenggolo*<sup>1</sup> puede ser el nombre de un jornalero, *Martogrobak*<sup>2</sup> o *Martoglinding*<sup>3</sup> podrían ser para un labrador, y *Karyotosan*<sup>4</sup> (pero seguro que no *Karyodahono*)<sup>5</sup> puede ser para un herrero.

Martokusumo es un nombre suave. Se encuentra en su lugar si se le asigna a los *priyayi*<sup>6</sup> y a los que piensan que descienden de la familia de los *priyayi*. Por eso, para los escribanos de las casas de empeño, los encargados de las bodegas de sal y los asistentes del presidente municipal es adecuado (y pueden) usar un nombre como el de Martokusumo. Y los maestros. ¡Ah sí, los maestros! El difunto señor Martokusumo era maestro. Además, cuando murió ya había alcanzado el nivel de inspector de la escuela primaria del municipio.

¿Cómo es que la señora Marto, la esposa del respetado inspector del municipio, incluso de todo el distrito, se convirtió en masajista? ¿Acaso ella tuvo desde siempre una profesión

<sup>1</sup> “El Valiente”.

<sup>2</sup> “Martocarrito”.

<sup>3</sup> “Martollantaro”.

<sup>4</sup> “El Herrero”.

<sup>5</sup> Persona muy concentrada en su trabajo.

<sup>6</sup> Los de la familia noble.

especial que la llevó a casarse con alguien con la posición de su esposo? Ésta es una larga historia.

En realidad todo empezó cuando la señora Marto aún no se había casado y todavía era Sri Sumarah. En ese tiempo acababa de regresar a su tierra, el lugar donde nació, después de terminar sus estudios en la Escuela Secundaria para Señoritas en la ciudad J. Para entonces tenía ya 18 años. Ahora todo ha cambiado, porque terminar la escuela secundaria, como la Escuela Secundaria para Señoritas, a la edad de 18 años es ya muy tarde. También es ya muy tardía la preparación de una señorita para convertirse en ama de casa. Porque en esa época, y además en provincia, la edad de 18 años era más que suficiente para haber ido a la escuela secundaria en la ciudad, y asimismo estar preparada para casarse. Sri Sumarah –que significa Sri,<sup>7</sup> la que se “rinde” o la que “acepta”– simplemente aceptó cuando su abuela le dijo que había llegado el tiempo de prepararse para el matrimonio. Ya la esperaba un muchacho guapo y educado. Era el joven Sumarto, hijo del tabacalero retirado de la ciudad N, que había terminado la Escuela Normal Superior y estaba certificado para trabajar como maestro en el pueblo de Sri. Ella aceptó con alegría. Aceptó porque su abuela ya había sido bastante paciente y generosa al ofrecerle la oportunidad de estudiar hasta la secundaria en la ciudad, así que Sri había tenido la posibilidad de vivir en una ciudad, aunque no por mucho tiempo y con un nivel de vida muy sencillo.

Cada vez valoraba más la generosidad y la determinación de su abuela, al considerar que no era una mujer rica y que vivía sola en la cabecera municipal, la cual era más un pueblo que una ciudad.

“Hija, claro que yo había planeado pagarte la escuela hasta donde me fuera posible. Ésa fue mi promesa a tus padres quienes –ay Dios, pobre de ti, cómo te ha tocado sufrir– ya murieron. Yo, hija, tu abuela, no voy a sentir que haya acabado hasta que vea que hayas terminado la escuela en la ciudad,

<sup>7</sup> Diosa de la fertilidad y arroz; la tierra.

estés casada y pueda sentar en mis piernas a mi bisnieto.” Éstas fueron las palabras de su abuela, las palabras dramáticas de una anciana que fantaseaba e imaginaba que la responsabilidad y el sacrificio son un sufrimiento sagrado y alegre como el sufrimiento de Kunti.<sup>8</sup>

Para un *priyayi* javanés –aunque sea uno venido a menos– por ejemplo, ¿qué puede ser más supremo que el sacrificio de Kunti, madre de los *Pandawa*?<sup>9</sup> (Sri sabe bien que los *wayang*<sup>10</sup> han entrado ya hasta el tuétano de los javaneses. Cada vez que ella regresaba de vacaciones al silencioso pueblo, mientras su abuela le acariciaba el cabello –quizás tuviera piojos– le contaba con asombro historias sobre los *wayang*).

Sri Sumarah se sentía entonces más feliz y agradecida. En ese día histórico, finalmente Sumarto vino a visitarla. Llegó en una vieja bicicleta marca Simplex, pero tenía luces y velocidades y estaba bien pulida y brillante, y lo más importante, con buenas llantas.

(En la víspera del fin de la ocupación japonesa, cuando la situación económica empeoraba, ¿qué podía ser más interesante para el *status* de un joven que una bicicleta como ésa?) Y para cuando Sumarto se sentó frente a Sri, ella estaba más segura de que él era el destino que le correspondía –*jodoh sing wis pinasti*,<sup>11</sup> dicen los javaneses.

Imagina. Sumarto sentado con respeto y con la frente en alto, con las dos manos cruzadas ordenadamente y colocadas sobre las piernas. Camisa blanca, limpia y de mangas largas. Pantalón de lana gruesa blanca, pero bien planchado y almidonado. Corbata negra y anudada que le llegaba a la mitad del pecho, y el cabello bien peinado, brillante y perfumado con un aroma dulce como el jarabe rojo que es tan caro y que sólo se vende en la ciudad.

<sup>8</sup> Madre de los Pandawa, véase la nota 1 en el anexo.

<sup>9</sup> Protagonistas del *Mahabarata*, véase la nota 1 en el anexo.

<sup>10</sup> Teatro de títeres o teatro de sombra, véase la nota 2 en el anexo.

<sup>11</sup> Cada quien tiene su destino.

Y cuando Mas<sup>12</sup> Marto –así es como ella lo llamaría después– comenzó a hablar para presentarse, Sri supo que se había enamorado profundamente.

En los meses siguientes su abuela preparó a Sri lo mejor posible. Le ofreció la preparación que corresponde a una joven que ha de convertirse en una esposa perfecta. Su modelo fue Sembadra, alias Lara Ireng, la hermana de Kresna y Baladewa, esposa de Arjuna, el hombre entre todos los hombres.<sup>13</sup> Ella era la esposa eterna. Obediente, paciente, comprensiva con las debilidades de su esposo, orgullosa de la fuerza de él.

“No es una casualidad, hija, que tu nombre sea Sri Sumarah. Por ese nombre se espera que tú te comportes y actúes de forma *sumarah*, humilde y abnegada. Esto no significa que sólo calles y no hagas nada, hija. Abnegada significa que seas comprensiva y abierta pero que no te niegues. ¿Entiendes hija?”

Como es lo normal en una muchacha hija de los *priyayi*, Sri permaneció callada. Porque la pregunta “¿entiendes?” no espera ser contestada “entiendo”, porque “entender” significa buscar para entender. Sri conoció su significado después de haber estado casada con su esposo durante 12 años. Durante ese tiempo continuó callada ante la pregunta “¿entiendes?”; por costumbre, se convirtió en convencionalismo.

Después la abuela de Sri le dijo que para evitar que el esposo se debilite y que la debilidad se desarrolle, la esposa debe ocultarla y minimizarla de diferentes maneras. La casa debe estar tranquila para que el esposo se sienta a gusto cerca de su esposa. “Esto se puede conseguir valiéndose de la cocina, la cama, la actitud y las palabras diarias, hija.” De la cocina, claro, por medio de comida deliciosa, y deliciosa significa que sea adecuada al paladar del esposo. De la cama significa ... sí, eso.

“Debes tener paciencia, hija. Paciencia. Aquí tu abnegación será realmente probada. Aunque los hombres son diferentes,

<sup>12</sup> “Hermano mayor.”

<sup>13</sup> Son personajes de la literatura javanesa; véase la nota 1 en el anexo.



en la cama todos son niños mimados. Por eso, ten cuidado. Los niños mimados pueden hacer berrinches si no consiguen lo que quieren.”

Después de todo tipo de adoctrinamiento, incluso le ofreció una especie de manual de operación preparado también por la sabia abuela para complementar la preparación de su nieta y que fuera capaz de enfrentar los tiempos difíciles. Asimismo, Sri fue obligada a beber *jamu galian*<sup>14</sup> en forma frecuente para que su cuerpo se mantuviera esbelto y voluptuoso. (“Recuerda hija, a los hombres no les gusta ver que el cuerpo de su esposa esté flácido.”)

Se le obligó también a comer habitualmente *kencur*<sup>15</sup> y cúrcuma crudos para que su cuerpo no despidiera un sudor maloliente.

(“Recuerda hija, si no eres cuidadosa con el olor de tu sudor, todas las partes de tu cuerpo olerán muy mal, principalmente en la parte de allá abajo, y así, ¿cómo se te va a acercar tu esposo?”) “Después en la cama, al igual que en toda la casa, siempre debes esforzarte para que tu esposo esté contento, tranquilo y a gusto. Si el esposo está contento, tranquilo y a gusto en la cama, ¿qué paraíso podría disfrutar más que esa atmósfera?” Seguramente, de acuerdo con la abuela de Sri, el esposo abrazará el cuerpo de su esposa. (“Si eso sucede, hija, ríndete ante él. Sigue sus deseos. Empieza a controlar tu respiración. Ten paciencia, despacio, despacio, despacio...”)

Pero el llevar al esposo hacia una sensación de tranquilidad, alegría y a gusto en la cama tiene su propia dinámica. De acuerdo con las enseñanzas de la abuela de Sri, cada vez que el esposo se recuesta en la cama su pensamiento se pondrá a dar vueltas. Oh, puede pensar en muchas cosas. Generalmente piensa en lo que ha hecho durante ese día. Después de esto, el hombre se siente muy cansado, tanto física como mentalmente. (“Bueno, en ese momento, hija, no digas nada, pero empieza a darle masaje. ¡Sí

<sup>14</sup> Bebida tradicional hecha de raíces y hierbas; véase la nota 3 en el anexo.

<sup>15</sup> *Empferia galanga*, un tipo de raíz.

hija, masaje! Sólo que no agarres con mucha fuerza las partes de su cuerpo. Además en ningún momento puedes dar masaje con fuerza, sino con suavidad...” De acuerdo con el manual de la abuela de Sri, los músculos tensos sólo pueden relajarse después de que se les acaricia despacio con las manos de arriba abajo varias veces. Y como ese cansancio no es solamente provocado por el trabajo físico, sin una suave *tembang*<sup>16</sup> de arrullo o una conversación tranquila que no tenga relación con su trabajo, el hombre no sentirá el efecto del masaje.

Así, Sri adquirió un conocimiento nuevo. El conocimiento de la perfección del ama de casa. Según su abuela, todas estas enseñanzas no eran sino para “retener” al hombre. “Si nosotras las seguimos, los hombres nos seguirán después más, hija.”

Y Sri Sumarah asimiló con esfuerzo y obediencia la preparación de su abuela; para el día de su matrimonio dominaba ya todas esas enseñanzas. Sri Sumarah ya estaba lista.

<sup>16</sup> Poesía tradicional javanesa que se canta.



## II

Sin embargo el destino, desde hace mucho tiempo hasta hoy, no ha sido dominado por los planes del hombre. Sri solamente pudo tratar de realizar sus tareas como una esposa perfecta durante 12 años. Su esposo, el señor profesor Martokusumo, murió demasiado pronto. El eltor,<sup>1</sup> que asoló toda la región, arrebató a Mas Marto de Sri y de su única hija, Tun. Marto, el maestro a quien se consideraba el más educado de su pueblo, el maestro que se esperó que guiara y enseñara siempre, murió porque en medio de sus ocupaciones ayudó y dio instrucciones a los afectados por el eltor y no tuvo el cuidado de protegerse él mismo. En una desafortunada noche, Mas Marto cayó. Cuando llegó al hospital municipal, la señora Marto tuvo tiempo de escuchar las últimas palabras de su esposo, “Cuídate, cuida a Tun”.

Pero esos 12 años fueron un tiempo muy feliz para Sri. Aunque Mas Marto no era un Arjuna como lo presentan en los *wayang*, para Sri era un hombre en todos los sentidos. Una persona amable, cariñosa, que siempre parecía contener sus emociones (como es lo normal en un *priyayi* intelectual). En la cama (afortunadamente) era como lo había descrito la abuela de Sri. Mimaba a su esposa y le pedía que lo mimara. Con caricias, con masajes y con otros movimientos necesarios para seguirlos.

Aunque sólo habían recibido una hija como regalo de Dios, el sexo parecía no haber experimentado nunca una época de sequía en su casa. En la vida diaria fuera de la casa, en la escuela o en el campo de arroz, Mas Marto, claro, nunca mostraba ni daba alguna señal del deseo que sentía por su esposa.

<sup>1</sup> Epidemia de diarrea.

Sin embargo, en la recámara, “¡no preguntes!”, murmuraba Sri sonriendo.

En realidad Sri no lamentaba haber seguido las instrucciones de su abuela en el pasado. Aunque era imposible que pudiera comportarse como una perfecta Sembadra –para eso 12 años son muy poco tiempo, mientras que Sembadra terminó su relación con Arjuna cuando murió Abimanyu en la guerra Baratayuda–, pero los conocimientos que le había impartido su abuela fueron suficientes para hacerla capaz de retener a su marido. Su cuerpo seguía siendo fresco, voluptuoso y esbelto porque Sri nunca había olvidado beber los *jamu*. Aunque su cuerpo nunca conoció el Eau de Cologne 4711, siempre emanaba un aroma fresco como el rocío del campo, porque nunca había olvidado comer *kencur* y cúrcuma crudos. Respecto de la efectividad de su masaje acompañado de la dulzura de su canto, su tímido esposo no necesitaba contener sus emociones; incluso a veces no tenía pena en expresarlas.

“Qué suerte que ya haya pasado la época de los reyes. Si todavía siguiera, te tomarían como concubina del rey, por tu voz y tu masaje.”

Y Sri apenada, orgullosa y feliz pellizcaba a su marido.

“Ay, si quiere apenar a una mujer, puede hacerlo fácilmente.”

Y Sri lo pellizcaba de nuevo. Y Mas Marto la retenía por más tiempo en la cama, aunque el *kolak pisang*<sup>2</sup> que estaba en la olla ya empezara a oler y Tun ya estuviera lista para bañarse. Y aunque las piernas de Sri ya empezaran a colgar fuera de la orilla de la cama, se quedarían así todavía unos 15 minutos.

Y una prueba de que su marido se sentía feliz, a gusto y tranquilo en su hogar no era solamente el hecho de que él saliera poco de la casa, sino también que Mas Marto rechazara el ofrecimiento del *carik desa*<sup>3</sup> para que tomara a su hija como segunda esposa.

<sup>2</sup> Plátano cocinado con piloncillo y leche de coco.

<sup>3</sup> Escribano del jefe del pueblo.



—No, es imposible. Si es mi alumna, ¿cómo puedo pedirle que se convierta en mi segunda esposa?

—Ay, ¿en serio no quiere, Mas? Pero Juminten es agradable, joven y activa. Y el campo del arroz del señor Carik<sup>4</sup> es suficientemente grande.

—Sh, sh, sh... no digas eso. No sea la del diablo, después nos metemos en problemas. Y además, ¿a ti qué te falta? Con una sola no puedo, ¿qué voy a hacer con dos?

Sri sonrió. Callada, feliz y agradecida, recordó a su desaparecida abuela.

Sri Sumarah no sería Sri Sumarah si no se rindiera ante su destino. Con esa actitud de aceptación no podía permitirse estar triste mucho tiempo. El centro de su atención estaba en Tun.

Las últimas palabras de su esposo debían cumplirse de cualquier forma. Tun tenía 12 años y estudiaba el quinto grado cuando Mas Marto murió. Un año después terminó la escuela primaria. Afortunadamente la niña era inteligente; incluso cuando terminó la primaria sus calificaciones fueron lo suficientemente altas como para que no tuviera problemas en conseguir un lugar en una escuela secundaria en la cabecera municipal. Sri no quería que su hija fuera a la Escuela Secundaria para Señoritas, como ella, sino a la escuela secundaria normal. Veía la época más moderna, había más coches, más oficinas y más posiciones aristocráticas, así que pensaba que era lógico que tuviera la oportunidad de desarrollarse, y ojalá que Tun siguiera estudiando en la escuela; Sri quería que su hija continuara hasta cursar la preparatoria en la ciudad J. Ah sí, aunque en la cabecera municipal hay una escuela preparatoria, ella quería que su hija pudiera experimentar y disfrutar la vida de una ciudad como J para que su criterio fuera amplio, y sí, también para que fuera feliz. El campo de arroz que le había dejado su abuela no era grande, la pensión de su difunto esposo tampoco era mucha, pero ojalá, pensó, siendo cuidadosa para gastar y recibiendo trabajos de costura de aquí y allá pudiera

<sup>4</sup> Así llama la gente al escribano del jefe del pueblo.

manejar el problema de mantener a su hija. Y como antes con su abuela, Sri expresó su voluntad.

“Hija, claro está ya que había planeado pagarte la escuela hasta donde me fuera posible. Ésa fue mi promesa a tu padre quien –ay Dios, pobre de ti, cómo te ha tocado sufrir– ya murió. Yo, hija, tu madre, no voy a sentir que he terminado hasta que vea que has acabado la escuela en la ciudad, estés casada y pueda sentar en las piernas a mi nieto.”

Y también como su abuela, cambió de posición; pasó de ser Sembadra a convertirse en Kunti, madre de los Pandawa.

Sri pensó que si ella no había sido suficientemente afortunada porque el destino había impedido la realización del sueño de su matrimonio, al menos desearía tener la misma suerte que su abuela, con quien el destino había sido generoso y pudo ser domado por las palabras de su voluntad (¿acaso no la vio la abuela terminar la escuela y casarse, aunque no tuvo tiempo de arrullar a Tun?), eso era suficiente.

Con esa voluntad, Sri orientó toda su vida a esforzarse para alcanzar su deseo. Con alegría y fuerza de voluntad caminó el sendero de su difícil vida. Una o dos veces alguien preguntó si no quería volver a casarse. Todavía era joven, su cara y su cuerpo aún eran atractivos pese a ser una mujer viuda, y si hubiera querido casarse otra vez seguramente no le hubiera sido difícil encontrar partido. Así, muchas personas querían saber qué pensaba Sri sobre casarse otra vez. Generalmente ella evitaba la pregunta con una sonrisa. A veces, si la pregunta era muy insistente y quien la formulaba no parecía satisfecho con una sonrisa, Sri trataba de rechazarla con palabras diplomáticas como, “Ah, el municipio aún está lleno de dulces jovencitas que todavía no han encontrado su destino. ¿Por qué no se les ofrece primero a ellas una oportunidad?” O, a veces, si Sri se sentía un poco molesta, decía: “Ay, ya es suficiente, esta mujer ya está vieja, ¿por qué querría tratar de conseguir novio?, ¿hay alguien interesado?” Pero una vez llegó una solicitud directa y muy seria. Venía del señor Carik, padre de Juminten. Sri estaba algo sorprendida cuando una tarde el señor Carik entró

sin permiso a su casa después de decir *kuwo nuwun*,<sup>5</sup> y se sentó en la baranda frente de la casa de Sri. Después de hablar y hablar de esto y aquello (sobre el campo de arroz, el ganado, la cooperativa, la escuela y de cualquier cosa), así como entró sin permiso a su casa, de pronto el señor Carik le dijo que ambos eran las personas más solitarias de esa tranquila ciudad. Sri abandonada por su esposo muerto, el señor Carik abandonado por su esposa loca y arrumbada en un manicomio; Sri abandonada por Tun, quien estudiaba en la cabecera municipal, el señor Carik abandonado por Juminten, quien ya estaba casada y siguió a su esposo a otra ciudad. Sri captó rápidamente las señales que indicaban adónde quería llevar la conversación. Con la determinación de una Sembadra pura, trató de detener el desarrollo de la plática diciendo que la sociedad era buena para las personas que ya empiezan a entrar a la edad madura. Ésa es una edad para preparar la “actitud” adecuada para hacer un largo viaje para enfrentar a Dios. (Sri recordó a su abuela y a su esposo, porque esas palabras eran como las de esas dos personas tan resueltas.) El señor Carik no se sorprendió al escuchar las palabras de Sri, incluso protestó con respecto a la opinión de Sri de que ellos habían entrado ya a la edad madura. Según dijo el señor Carik, la edad de ellos era hermosa para probar una nueva vida.

Después el señor Carik, quizá porque ya estaba oscureciendo, o tal vez porque temía perder las esperanzas por el juego de palabras, expresó su proposición. Sri sonrió dentro de su corazón. ¡Qué atrevido es este hombre!, pensó. Era la persona que antes le había ofrecido a su esposo que tomara a su hija como segunda esposa. “Ahora, qué cómodo, hacerme una proposición”... Pero ella seguía sonriendo dentro de su corazón. El convencionalismo en el pueblo era que si a una joven se le pedía matrimonio, ésta agacharía la cabeza con pena o sin pena. Pero Sri, como ya no era una jovencita, no se sentía atada por los

<sup>5</sup> Un saludo cuando se entra a la casa, así como “buenos días, buenas tardes o buenas noches”.

convencionalismos del pueblo. Observó tranquilamente la cara del señor Carik. Y entonces Sri sonrió en su corazón. Frente a ella estaba sentado el señor Carik tranquilamente, pero era obvio que trataba que su rostro apareciera atractivo ante ella. Su cabello empezaba a encanecer aquí y allá, pero la forma de su cara y la firmeza de su cuerpo hacían que se viera más joven de lo que era. Sri reconoció que la cara del señor Carik no era fea. Tenía buena presencia, aunque sus facciones no eran finas y sus labios eran más bien demasiado gruesos, lo cual le restaba aristocracia. Sri estaba un tanto confundida. ¿Cómo esta persona, que antes temía y respetaba y tal vez admiraba a su esposo (porque su *status* social era más bajo y no había terminado la escuela secundaria), ahora tenía el valor y el atrevimiento de hacerle una proposición? O... tal vez fuera porque su campo de arroz era grande y su riqueza seguía creciendo, pensó Sri. ¡Un terreno grande! ¡Qué segura es la vida de los jefes del pueblo con sus grandes terrenos! Segura.

Rápidamente cruzó por el pensamiento de Sri la palabra “segura”. El señor Carik no estaba del todo equivocado cuando decía que la edad de ellos era bastante hermosa, lo cual quería decir que aún no eran muy viejos. Si esa edad aún no era muy avanzada, significaba que todavía había esperanzas de vivir más tiempo y podía pasarlo con seguridad, y ver crecer a Tun con tranquilidad, conforme a la educación moderna. ¡Qué maravilloso! Pero la seguridad en esa relación era seguridad bajo la protección del señor Carik. Sri observó nuevamente al señor Carik, trató de buscar las facciones que daban forma a la cara de ese hombre, tal vez hubiera una señal que la ayudara a decidirse. Aunque buscó muchas veces, Sri no la encontró. El problema obviamente era difícil, pues cada vez que observaba esa cara, el rostro de Mas Marto, su esposo, seguía apareciendo a momentos, haciendo que la cara del señor Carik pareciera la de Buriswara, hijo del desafortunado Prabu Salya,<sup>6</sup> que desme-

<sup>6</sup> En la épica *Mahabarata*, Buriswara, el jefe del ejército de los Kurawa, es un demonio que tiene una cara muy fea.

recía al compararla con el rostro de Arjuna de Mas Marto. No, decidió Sri, era imposible que se casara con el señor Carik, a pesar de su enorme campo de arroz.

Así, después del rechazo a la proposición del señor Carik, parecía como si la gente tuviera miedo de acercarse a Sri. Tal vez pensaban que si ella había rechazado al apuesto y acaudalado señor Carik, ¿qué no haría con los hombres inferiores a él? Pero Sri no lamentaba su decisión, y seguía su vida diaria con alegría y resignación, como siempre. Los trabajos de costura, grandes o pequeños, al principio sólo le venían de sus vecinos, pero después acudía a ella incluso gente que venía de lejos. Sri aceptaba todos los trabajos sin queja y sin hacer alguna discriminación. Todas las costuras eran realizadas con cuidado y orden, y el pago, por pequeño que fuera, lo aceptaba de todo corazón y sin regatear. Todo lo que ganaba con su costura lo ahorra, y después, cada mes, se lo enviaba a Tun a la cabecera municipal. Sus necesidades diarias se satisfacían con el producto de su parcela, que ahora subarrendaba a un vecino, el señor Muhammad, que afortunadamente era un campesino rico, trabajador y honesto.

Tun creció como lo había imaginado Sri. Inteligente, despierta y sociable, con una fuerza de voluntad clara y fuerte. Su crecimiento alegraba profundamente a Sri. Quería ver a su hija desarrollarse más de lo que ella misma había podido hacerlo. No porque lamentara su destino ni su crecimiento. No era eso. Incluso se sentía afortunada y agradecida porque a pesar de ser huérfana, había sido cuidada por una mujer tan buena y sabia como su abuela. Estaba alegre, feliz y agradecida por haber sido formada por su abuela como una Sembadra. Eso era adecuado y había funcionado como debía con Mas Marto en el pasado. Sin embargo, Sri veía que la época actual era muy diferente a la suya.

Ella veía, o tal vez más exactamente sentía, que había una transformación en el ritmo de esa época. Antes sentía que J era el centro de un reino que se encontraba a cientos de kilómetros de distancia y que para llegar a él había que cruzar la selva

hostil y pasar por espinas y picos y subir y bajar una profunda barranca. Ahora Sri sentía que J estaba sólo tan lejos como el distrito y que el distrito estaba sólo tan lejos como el municipio. También sentía que la forma de pensar y hablar de las niñas de hoy era diferente. Parecía que eran más impulsivas para todo, impacientes, pero también más valientes para preguntar cualquier cosa a sus padres. Sri veía estas transformaciones con sentimientos encontrados. Sorprendida, un poco confundida, un poco triste, pero también muy interesada en observarlas. Ella seguía asintiendo con la cabeza cada vez que oía a algún vecino quejarse de “las transformaciones de la época”. Pero el que asentiera con la cabeza no significaba que estuviera totalmente de acuerdo. Ese asentir con la cabeza significaba algo entre estar de acuerdo y querer entender más, y tal vez también el deseo de satisfacer el sentimiento de sus vecinos. Cada vez que Tun regresaba al callado pueblo, Sri observaba detalladamente el crecimiento de su hija. Respecto de ella, el sentimiento de Sri no era el mismo que tenía cuando observaba “las transformaciones de la época” en forma general; entonces sus emociones mezcladas aún tenían algo de tristeza (sin saber por qué) y estaba un poco confundida, pero respecto del desarrollo de Tun no se sentía así. Lo observaba más bien con un sentimiento de orgullo, regocijo, muy interesada, sin dejar de sentirse preocupada (aunque sin saber por qué).

Al principio, cuando Tun iba a la escuela municipal y regresaba al pueblo durante las vacaciones, Sri trataba de conservar su ritmo de siempre. Además, aún pretendía adoptar las costumbres de su abuela, como cuando ella iba a la escuela y regresaba de vacaciones: dormir junto a su hija, arrullarla, acariciar su cabello, cantarle los *tembang* mientras le espulgaba la cabeza; pero pronto se dio cuenta de que a Tun ya no le gustaba dormir la siesta en un cuarto con una atmósfera como ésa. Obviamente a Tun le gustaba escuchar la suave voz de su mamá (de vez en cuando le pedía que cantara más), obviamente también se veía feliz cuando dormía la siesta en la tarde en el cuarto de su mamá (a veces acercaba su cuerpo al de ella), pero Sri sentía

que la forma en que Tun disfrutaba esa atmósfera era diferente a la forma en que ella la había disfrutado antes. Sri recordaba que antes, por las tardes, ella se abandonaba por completo en cuerpo, pensamiento y sentimiento a la atmósfera que creaba su abuela. La voz de su abuela, la caricia de sus dedos sobre su cabeza, la frescura de la recámara de esa casa de pueblo eran un todo que envolvía a Sri. Mientras que para Tun no era así. Disfrutaba todo eso a medias. Por ejemplo, a la mitad de un *tembang* largo, cuando apenas había terminado algunas estrofas, Tun corría un momento fuera del cuarto, tomaba un pedazo de plátano u otra fruta y lo masticaba mientras regresaba a la recámara a recostarse otra vez al lado de su mamá, lista para escuchar el siguiente *tembang*. O si su madre perdía la noción del tiempo acariciando su cabeza y espulgándole el cabello, Tun pedía de pronto que dejara de hacerlo. Tun sabía (y también Sri) que acariciarle la cabeza no era sólo para buscar piojos (ella siempre usaba una medicina muy efectiva contra los piojos que compraba en la farmacia de la ciudad), sino que era la mera costumbre de acariciar.

Aunque Tun ponía algo de atención a los *tembang*, no los conocía como su mamá. Los *tembang* que le habían enseñado en la primaria ya los había olvidado y ahora los *tembang* no significaban una forma de entretenimiento sino un lazo con su madre. Ahora, Tun llevaba con frecuencia libros de canciones nuevas en idioma indonesio o en inglés. Cuando Sri iba a la escuela, en la Escuela Secundaria para Señoritas, sabía también canciones de *keroncong*,<sup>7</sup> incluso algunas canciones japonesas, pero nunca trató de conservarlas. Los *tembang* le atraían mucho más, tal vez porque su ritmo y su uso eran más adecuados para la época de Sri. Ella observaba que su hija estudiaba cosas nuevas con gran dedicación. Con orgullo y alegría veía que su hija estudiaba la pronunciación de palabras en inglés junto

<sup>7</sup> Tipo de música interpretada por el ukelele (también denominado *keroncong*) acompañado de otros instrumentos como el violín, la guitarra o la flauta.

con nuevas ramas del conocimiento que se hallaban fuera del interés de Sri. Con el mismo sentimiento –aunque a veces un poco confundida– veía el desarrollo del estilo de vestir de su hija. Ya fuera por el corte o el color, su ropa siempre atraía la atención de Sri. Si los vecinos o algún conocido a veces se quejaban o fruncían las cejas ante el estilo de las “jovencitas de la época actual”, Sri lo veía más como un fenómeno interesante, divertido, y a lo sumo comentaba, “¡ay, los jóvenes!” Parecía que Sri consideraba todo eso como algo que obviamente tenía que desarrollarse de acuerdo con las necesidades de la época. Esto era frecuentemente fortalecido por las respuestas de Tun, cada vez que Sri le preguntaba sobre algo nuevo.

“Pues así es la moda ahora, mamá”, decía Tun.

Y Sri movía la cabeza. Sólo de vez en cuando sentía que necesitaba recordarle a su hija que tuviera presentes sus tradiciones y que no olvidara cómo usar la *kebaya* y el *kain*.<sup>8</sup>

“No me avergüences hija, ¿cómo es que una niña javanesa no sabe usar el *kain*? Tun dijo estar de acuerdo con la recomendación de su madre. La tranquilizaba diciéndole que en las fiestas de fin de curso, las despedidas y otras celebraciones, siempre usaba *kain*.

Por la actitud de Tun, Sri no seguía al pie de la letra las enseñanzas de su abuela en el pasado. No le enseñó a Tun que tuviera a Sembadra como su modelo, aunque intentó prepararla como una mujer o como una futura esposa madura que pudiera retener a su esposo y atraer su atención (aunque no sin que Tun frunciera las cejas y discutiera un poco). Aun le sugería de cuando en cuando a su hija que comiera *kencur* y cúrcuma crudos y que bebiera *jamu galian*. No le enseñó la forma de dar masaje a los hombres, solamente de vez en cuando le explicaba cómo comportarse con un hombre. Respecto de lo último, Sri no estaba muy segura de que sus enseñanzas tuvieran algún efecto directo en su hija. Por eso consideraba extraño que el

<sup>8</sup> Vestido tradicional; la *kebaya* es un tipo de blusa de manga larga y el *kain* es un especie de tela que se usa como falda.



ritmo de la época actual, el cual sentía que iba muy rápido, no acelerara la madurez de los jóvenes para prepararlos, para convertirlos en “personas”. La prueba, pensaba Sri, era que Tun y sus amigas de la misma edad, que ya estaban en la preparatoria y que además vivían en la ciudad, parecía que todavía no sabían nada de los hombres y que no estaban listas para el matrimonio. Cada vez que Sri trataba de discutir el tema de los hombres y el matrimonio, Tun parecía evadirlo, sonreía; incluso le sonreía a Sri para darle a entender que no le daba importancia a todo eso. Después Sri llegó a la conclusión de que tal vez en la época actual se necesitaba que el matrimonio se pospusiera para que los jóvenes pudieran terminar sus estudios.

Contrario a lo esperado, Sri se equivocó (o tal vez sus cálculos fueron equivocados, depende desde dónde se vea) respecto de la “maduración de los jóvenes”. Un día, sin previo aviso, Tun simplemente llegó de J.

—¿De vacaciones, Tun?

—Sí, sólo unos días.

—Pues no es común que tengas que regresar a casa. ¿Estás cansada?

—Sí, cansada.

—¿Terminaste muchos exámenes?

—Sí.

—Te ves demacrada y débil.

—Sí.

Más tarde, cuando llegó la noche, después de cenar, Tun de repente se sentó asustada en las piernas de su madre.

—¿Qué pasa, hija? Estás enferma, ¿verdad? Duerme.

Tun movió la cabeza y siguió llorando. Después de un largo rato la niña parecía estar más tranquila, Sri trató de seguir con sus preguntas.

—¿Qué pasa? ¿Te peleaste con tu casera?

Tun negó con la cabeza. Silencio. Sri continuó callada. Después, poco a poco, Tun secó sus lágrimas, se levantó y se sentó junto a su madre.

—Mamá, no te enojas, ¿sí?

Sri negó con la cabeza, pero dentro de su pecho los latidos de su corazón se aceleraron de repente.

—Mamá, Tun ya no es virgen.

Sri observó a su hija calladamente. Era muy extraño. Sentía que su boca había dicho: “Dios mío, perdóname”, pero, ¿por qué no se había escuchado?, pensó. Tranquila, solamente acariciaba la cabeza de su hija. Recordó el consejo de los ancianos javaneses, quienes decían frecuentemente que en un nido seguramente habrá uno o dos huevos rotos. Pero si dentro de un nido sólo había un huevo y éste estaba roto, ¿entonces qué? En su corazón ella se preguntaba esto una y otra vez y después negaba con su cabeza. Su mano seguía acariciando a su hija mientras que su corazón aún trataba de comprender la situación.

Desde que era una jovencita, sólo la habían preparado para recibir dos noticias malas. La primera, para enfrentar la muerte de un ser querido, y la segunda, para enfrentar la noticia de que su marido tomara una segunda esposa. Queda claro que ésa era la preparación adecuada para la vida de una Sembadra. Como la esposa de un héroe, Sembadra debe estar siempre preparada para enfrentar esas dos cosas. Por eso Sri empezaba ahora a comprender por qué en el pasado había podido tener fuerza de corazón para enfrentar la muerte de Mas Marto y había podido bromear cuando su esposo le contó del deseo del señor Carik de que tomara a Juminten como su segunda esposa. Pero ¿la noticia de un percance como éste? Mientras aún trataba de entender la situación, Sri sólo podía preguntar sobre cosas que tenía que saber.

—Entonces, ¿ahora estás embarazada, hija?

—Dos meses.

Y cuando Tun empezó a llorar otra vez, Sri siguió acariciando la cabeza de su hija mientras decía: “Ya hija, ya. Mamá va a arreglar todo”.

De repente sintió que podía levantar el peso que había oprimido su pecho. Sentía que podía cargar ese peso y colocarlo con cuidado en un lugar adecuado. Sí, ella haría ese trabajo.

De repente, al decir “Ya, ya, ya”, vio a Tun, una jovencita, su único huevo ya roto en el nido. Sus músculos se sintieron fuertes. Su corazón ya estaba listo para ayudar a su hija lo más pronto posible, lo mejor posible. Si Sri aún recordaba a Sembadra, entonces era a la Sembadra que veía a Abimanyu atacada por el peligro.

El matrimonio de Tun se realizó con todo esplendor. El *wayang kulit*, con el mejor *dalang*<sup>9</sup> del municipio, se presentó toda la noche. Para el servicio de la comida Sri ordenó a la señora Lim, de quien era cliente la esposa del alcalde, bocadillos muy escogidos, los cuales no habían sido nunca servidos en alguna fiesta del municipio. *Soes*<sup>10</sup> con espesa crema dulce, *lemper*<sup>11</sup> con carne fresca (no con carne seca) de pollo y con mucha carne, *waffles* dulces con jarabe de frambuesa roja. Después, para el servicio de la cena, cuando se presentaba el *wayang*, Sri ordenó un *nasi rames*<sup>12</sup> especial. No como los paquetes comunes que tienen un pedacito de pollo esparcido de forma irregular sobre un arroz barato y marchito.

Arroz blanco, realmente blanco, con un (sí, uno) huevo de gallina en salsa amarilla, con una croqueta de papa y un pedazo grande de carne, con un pedazo grande de pollo en salsa de *curry* con un caldillo de leche de coco muy espeso, después un pedazo de carne seca con carne suave, acompañado con coco seco.

“¡Oh!, la fiesta es magnífica, maravillosa, señora Marto”, fueron los comentarios y las felicitaciones del señor Camat.<sup>13</sup>

“¡Oh, exquisito!, los platillos están ricos, sabrosos y deliciosos”, elogiaron las maestras.

“¡Oh, excelente!, el *wayang* fue divertido e hizo muchas bromas”, decían los espectadores.

<sup>9</sup> Marionetero.

<sup>10</sup> Pastel *choux*.

<sup>11</sup> Rollo de arroz.

<sup>12</sup> Paquete completo de comida.

<sup>13</sup> Presidente municipal.

“¡Oh, maravilloso!, la novia es bella y el novio apuesto, parecen *Ratih y Kamajaya*”,<sup>14</sup> decían los jóvenes del pueblo.

“¡Oh, formidable!, la comida y las golosinas son muchas”, gritaban los niños durante toda la fiesta.

En resumen, la fiesta fue un éxito; todos quedaron satisfechos y estuvieron alegres. Todos los que fueron invitados asistieron, todos estuvieron contentos. Sri estaba satisfecha y orgullosa. Tun estaba feliz y lloraba de alegría.

Sri veía la organización de esta fiesta como una tarea sagrada. Vio ensombrecerse los planes que había empezado a construir paso a paso bajo la protección del sueño de su abuela y vio que el mensaje de su santo esposo no se había realizado, porque su hija se había adelantado a los planes al sufrir un “accidente”. Esto era un problema. Sri tuvo tiempo de quejarse tristemente y de lamentarse en su corazón por el destino que experimentaba. Pero el significado de su nombre (“recuerda hija, no es una coincidencia que tu nombre sea Sri Sumarah”), se elevaba nuevamente con frecuencia. Ella era abnegada, pero veía con los ojos bien abiertos la elección que debía tomar para salvar a su hija, como si las esperanzas de su abuela y de su esposo estuvieran detrás de esa decisión y como si fuera la única forma de salvarse a sí misma. Si el tiempo ironizaba con el matrimonio de Tun a los 17 años –un año menos que la edad a la que ella se había casado–, entonces ella debía responder con una acción grande que habría de realizar hasta las últimas consecuencias. Y si el destino le decía a Sri una vez más que no quería ser domado por la sombra de los planes humanos, entonces ella trataría de responder a esas palabras con un trabajo enorme que tal vez produjera un giro y, al mismo tiempo, trajera más esperanzas. Y hasta las últimas consecuencias, ésas fueron sus palabras. Para que el matrimonio de su hija se convirtiera en el éxito que fue, Sri había ayunado durante cinco días. Después acudió con el señor Mohammad, el acaudalado campesino a quien arrendaba su pequeña parcela. Luego rompió su alcancía y se acabó todo

<sup>14</sup> Una pareja perfecta en la literatura javanesa.

el dinero que había ahorrado. Volvió aún más austera su ya de por sí apretada vida. Cualquier trabajo extra, como preparar órdenes de plátanos fritos para la oficina municipal y para la antigua escuela de su esposo, lo aceptaba sin pena alguna para obtener así un poco de dinero suplementario.

¡Y claro está que Sri consiguió todo eso! La fiesta se realizó en grande. Todo el dinero que pagó, lo gastó en forma ordenada y correcta. Pero aún debía devolver el dinero que le había prestado el señor Mohammad, porque de lo contrario perdería una porción de su parcela. Sri estaba consciente de ello. Suspiró profundamente, pero a continuación sonrió al tiempo y al destino que le habían hablado. Sabía que la respuesta a sus palabras apenas iba a la mitad del camino.

Se sentía satisfecha. Después de hacer la fiesta todavía pudo darle algo de dinero a Tun y a su esposo, lo suficiente como para pagar la renta de una casa sencilla en un poblado de J durante dos años. Tun estaba muy feliz y agradecida. Su esposo, Yos, a quien Tun había conocido en el edificio donde vivía en la ciudad, un muchacho de Jadel (Jawa Deli)<sup>15</sup> del pueblo de Kisaran, aunque se sentía agradecido y feliz, también estaba incómodo y dudaba de aceptar la generosidad de su suegra. Como un estudiante de universidad, y un personaje importante en la organización estudiantil de Corps Gabungan Mahasiswa Indonesia<sup>16</sup> en la ciudad de J, se sentía avergonzado de comenzar a cuidar a su familia así, con una deuda moral tan grande con su suegra.

—Señora, si me lo permite, el dinero de la renta espero que lo considere usted como un préstamo. Se lo vamos a regresar poco a poco.

—Ay Yos, no pienses en cosas imposibles. Ustedes todavía van a tener muchos gastos después. Ya está bien. Éste es un regalo. No es correcto devolver los regalos. Trae tragedias.

Y Sri dejó a los jóvenes con alegría y llena de esperanzas. Pensó que después de todo no era tan malo el destino de Tun.

<sup>15</sup> Mezcla entre étnico javanés y malayo.

<sup>16</sup> Cuerpo de Asociación Estudiantil Indonesia; véase la nota 5 del anexo.

Aunque había tenido que dejar la escuela en el primer año de la preparatoria, eso ya era más de lo que Sri había estudiado.

Y su esposo, aunque no parecía ser una persona con mucho dinero, un fuereño procedente de Deli, al menos era un estudiante de licenciatura que había terminado el tercer año de su carrera, y decían también que era una figura importante en una organización. Según el señor Camat, un joven como Yos, que ya casi terminaba la licenciatura y que era importante en el Corps Gabungan Mahasiswa Indonesia, sólo tenía que esperar unos años para convertirse en una persona con buena posición. Su camino es bueno y brillante, le dijo el señor Camat a Sri. Qué alegre y liberada se sintió al escuchar esas palabras. Si el mismo presidente municipal decía eso, entonces no tenía por qué preocuparse sobre el futuro de su hija. Incluso sonrió al pensar en el destino de su hija, quien era bastante afortunada porque Yos había querido casarse con ella. Trató de imaginar lo que hubiera sido si Yos no hubiera aceptado el matrimonio. Y afortunadamente parecía que los vecinos no sospecharon el problema de Tun. Aparentemente habían recibido la noticia del precipitado matrimonio de Tun como algo común para una muchacha que vivía en la cabecera municipal. Si una niña, ya en la adolescencia, encuentra su destino, qué más puede pedir. Ellos incluso asintieron cuando Sri recorrió el pueblo para hacerles saber que Tun iba a casarse con un joven “fuereño”. Pero era un “fuereño” de Java. “Sus orígenes también son javaneses”, decía Sri a los vecinos. Y ellos seguían asintiendo. Claro está que ya era su destino, decían ellos.

Sin embargo, mil veces el destino, que además de comportarse en una forma incomprensible, era con frecuencia escurridizo y tramposo, se negaba a seguir los deseos de Sri y evitaba transigir con ella.

La inflación, que acababa de surgir, se sintió salvajemente en el municipio. Sri sufrió su golpe: de repente sus órdenes de costura disminuyeron, incluso se desplomaron, porque las señoras campesinas empezaron a dejar de usar ropa nueva. Lo mismo pasó con los plátanos fritos; repentinamente los encargos

de la escuela y las oficinas se vinieron abajo; parecía que también los plátanos fritos, una comida para el tiempo libre, se habían convertido en un lujo. Después, una plaga en los cultivos parecía una broma del destino para detener la fluidez de los planes de Sri. La cosecha de su parcela fue mala durante dos temporadas. Con mucho esfuerzo completó el pago de su deuda con el señor Muhammad. Afortunadamente, él era una persona buena y paciente que podía entender las dificultades que enfrentaba Sri. Después, como si esto no fuera suficiente, llegó el momento en que nacería el hijo de Tun. Sri se vio obligada a correr por unos días para visitar a su hija y ayudara a aligerar el peso de las labores domésticas. Cuando el bebé por fin nació, una niña saludable, Sri se preparó nuevamente para regresar a su pueblo, pues sabía que sus reservas de dinero habían disminuido considerablemente. La preocupación empezó a perseguirla cuando el autobús entró al pueblo. ¿Cómo iba a poder apoyar a su hija, a quien parecía que no le alcanzaba con su sueldo? ¿Cómo iba a poder completar los pagos de su deuda, si simplemente para vivir tenía que depender de la pensión de su esposo y de las plantas que cultivaba en el jardín trasero de su casa? Visitó la tumba de su abuela y la de su esposo. Pensó profundamente ante las dos tumbas. Un pájaro se posó sobre un ciprés y graznó por un momento; a ella le parecía que su graznido sólo decía: *sumarah, sumarah*. Se puso de pie, aspiró intensamente. Sabía que eso era lo único que podía haber: *sumarah*.

Yos, quien después de que naciera su hija iba con frecuencia al pueblo, parecía tener un trabajo especial ahí. Sri no sabía con seguridad cuál era; sólo sabía que su yerno siempre decía: “tengo una junta”. Una vez sintió algo de miedo cuando Yos la invitó a hablar sobre el señor Muhammad.

—Señora, no confíe demasiado en el señor Muhammad.

—Pero, ¿por qué?

—¿No es él quien tiene el poder sobre su parcela, señora?

—Sí, se la empeñé a él.

—Sí, eso significa que ahora él tiene en empeño la parcela de usted.

—¿Y?

—Usted ya está atrapada. Usted va a tener muchas dificultades para recuperar su tierra.

—Obviamente es posible que sea muy difícil recuperar mi parcela. Ya sé que eso es difícil, Yos. Pero no porque el señor Muhammad me tenga atrapada, sino porque mi deuda es grande.

—Ah, es sólo un accidente el que usted tenga una deuda. Aunque no la tuviera o aunque pudiera pagarla, una persona que es un terrateniente, pues señora...

—¿Y qué tiene que sea un terrateniente?

—Pues que se convierte en el señor de muchas tierras. Significa que él tratará de seguir controlando las tierras, incluyendo su parcela.

—Sí, si yo no pudiera pagar la deuda que yo misma adquirí, él haría lo que debiera. Perderé esa tierra. Pero no por culpa del señor Muhammad. Es mi propio error. No es legal que el señor Muhammad me quite la tierra aunque le pague, ¿o sí?

—¡Ay señora! ¡Legal! ¡Legal! ¿Qué quiere decir legal para un terrateniente? Después veremos. Si él le quita su tierra, nosotros lo arruinamos.

—Ya, ya, ya, Yos. ¿Qué es eso de arruinar? Realmente me asustan tus palabras.

Parecía que Yos apenas se acababa de dar cuenta de que hablaba con una señora, con una viuda. Tomó la mano de su suegra y le besó el dorso.

—Perdón, señora, si la asusté. Ya me voy, tengo una junta en la casa del presidente municipal. No se preocupe respecto del señor Muhammad.

Sri aún recordaba esa conversación; aún recordaba el miedo que le provocaba ver los ojos brillantes del muchacho en ese momento.

Después de algunos meses de esa conversación llegó el tiempo que Sri siempre había temido. La fecha límite para pagar su deuda al señor Muhammad había pasado y él llegó a verla. Amable y tranquilamente, le pidió el pago de su deuda.



Sri, una mujer que había sido educada para ser honesta y abnegada, le dijo con toda sinceridad que no tenía esperanzas de poder liquidar su deuda, excepto entregarle la parcela que le había sido empeñada.

—Entonces, ¿ya maestra Marto?

—Sí, ya, señor.

—¿Sinceramente? ¿Oficialmente?

—Sinceramente. Oficialmente.

Cuando el señor Muhammad cerró la reja del patio y caminó para alejarse, ella observó el rojo cielo del atardecer. Sri no veía nada; tampoco el rostro de su abuela que le había heredado esa parcela.

Su abuela no apareció allá arriba para que le diera una disculpa. Solamente los murciélagos empezaron a volar buscando una presa.

Yos supo el destino de la mitad de aquella parcela cuando fue al pueblo tres meses después. Reclamó a su suegra que no se lo hubiera hecho saber antes, y además que tampoco le hubiera informado a los encargados de la oficina municipal. Después tuvo la idea de que Sri se mudara a la ciudad, que viviera con ellos. Ginuk ya empezaba a caminar, Tun empezaba a participar en el Gerwani,<sup>17</sup> y estaba seguro de que la presencia de Sri sería muy necesaria.

—Pero, ¿cómo con una mitad de nuestra parcela y esta casa? Aunque esté fea, aún es nuestra propiedad que debemos cuidar, hijo.

—Eso ya lo pensé, señora. Eso ya lo arreglé.

—¿Lo arreglaste?, ¿cómo?

—La parcela va a ser atendida por la Barisan Tani Indonesia.<sup>18</sup> También se va a dividir, pero se va a atender mejor y va a estar más limpia. También se le va a arrendar a campesinos, pero sólo a amigos. Son personas honestas y muy trabajadoras, por-

<sup>17</sup> Gerakan Wanita Indonesia (El Movimiento de las Mujeres Indone-sas); véase la nota 5 del anexo.

<sup>18</sup> Cuerpo Voluntario de los Campesinos Indone-ses; véase la nota 5 del anexo.

que son pobres y no tienen tierra propia. No son terratenientes como el señor Muhammad. Por eso, ellos serán más tolerantes respecto del destino de usted.

Sri asintió con la cabeza.

—Entonces, su casa se le va a rentar al Barisan Tani Indonesia, para que se convierta en la sede de su sucursal en el municipio. Está bien, ¿no señora? Las ganancias de la parcela entrarán poco a poco. Además de la renta de la casa. Usted vivirá felizmente con su hija y su nieta.

Sri se imaginó “feliz con su hija y su nieta”. Podría estar cerca de Tun y podría jugar con Ginuk cuando quisiera. Rápidamente asintió con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo.

¿Qué más tenía que esperar?, pensó. Si el pueblo donde ella había vivido todo ese tiempo no podía acogerla, ¿qué más podía esperar? Yos, como una persona educada, seguramente ya había pensado en todo.

—Bueno, entonces así será, señora. ¡Oh!, Tun y Ginuk van a estar muy felices. Respecto del señor Muhammad, no piense más en él. Ya habrá un ajuste de cuentas a su debido tiempo. Y la mitad de su parcela seguramente regresará a sus manos. No se preocupe, regresará, regresará. La situación ya está madura.

Sri solamente seguía asintiendo con la cabeza cuando escuchaba las palabras que salían de la boca de Yos. Al mismo tiempo no entendía del todo su significado, pues su mente ya estaba imaginando su vida en J, nuevamente cerca de su hija y su nieta. Ni por un momento pasó por su pensamiento que las palabras de Yos fueran a ser determinantes para su vida futura. Incluso pensó que ese día el destino finalmente había aceptado tener una actitud suave en su contacto con ella.

El J de la época de Japón seguramente era otro que el de la época actual. Esto ya lo había observado durante las diversas visitas que había hecho a esa ciudad en los últimos veinte años, pero apenas supo que era cierto después de que se fue a vivir con su hija y su familia. Sentía que el J actual estaba mucho más ajetreado, concurrido e inquieto. No porque hubiera menos carretas y más habitantes; sentía que los barrios de J, que antes

eran limpios y ordenados, ahora estaban cada vez más llenos de personas y de suciedad.

Antes, los baños públicos, que estaban en cada esquina de los barrios, eran limpios y los habitantes los cuidaban. Ahora, pocos de esos baños se pueden seguir usando y los que todavía se utilizan están asquerosos. Ahora los habitantes que llenan los barrios no son solamente javaneses, sino de casi todos los grupos étnicos. Aunque Sri se educó en la Escuela Secundaria para Señoritas, le bastó para saber que las etnias, fuera de la javanesa, tenían nombres muy diversos, pero la influencia del ambiente de su pueblo, donde se les llamaba “fuereños”, hacía que ella dijera lo mismo: “fuereño”. Tal vez como mucha gente de su pueblo ella se refiriera a ellos como “gente de Sumantra”.<sup>19</sup>

Sri veía que la casa de Tun siempre estaba llena de invitados, y ¡qué distintos eran! De todos los grupos étnicos y de todas las edades. Frecuentemente conversaban hasta la media noche, la una, las dos de la mañana, incluso no era extraño que se quedaran hasta el amanecer. La casa que rentaban era pequeña, sólo tenía una recámara. Sri dormía en un catre colocado en la sala. Si los invitados de Yos llegaban y se ponían a platicar o a “discutir”, como ellos decían, si no tenía que ayudar a preparar algo de beber, Sri se iba a acostar al lado de Ginuk en la recámara de Yos y Tun; si estaba cansada, apenas se daba cuenta a la mañana siguiente de que se había quedado dormida en la recámara de su hija y de su yerno. De repente veía a Tun y a Ginuk que dormían amontonadas a su lado, mientras Yos roncaba plácidamente en la sala. Eso sucedió varias veces y Sri protestó ante su hija y su yerno, ¿por qué no la habían despertado? Sentía que estaba fuera de lugar que los esposos no durmieran juntos. Además, Tun ya estaba muy grande para que la arrullara su mamá, reclamaba Sri. Su hija y su yerno sólo se reían al oír sus reclamos.

Sri veía el desarrollo de Tun después de casarse con el

<sup>19</sup> La verdadera palabra es *sumatra*, pero los javaneses pronuncian *sumantra*.

mismo sentimiento de antes. Orgullo, confusión y un poco de preocupación; como antes, ahora tampoco podía explicar por qué su sensación de preocupación iba en aumento. En realidad Tun se encontraba ahora muy ocupada. No siguió con la escuela, pero trabajaba con su esposo, según decía, en el “secretariado”. Algunas veces ella misma iba a juntas en las tardes, otras con su esposo; a veces la reunión se llevaba a cabo en su casa, y Tun participaba activamente en las discusiones. Sri veía cómo Tun, una muchacha pueblerina, en medio de sus amigos citadinos surgía sorprendentemente como una joven con gran energía, que hablaba mucho, expresaba abiertamente su opinión y usaba frecuentemente el idioma indonesia en esas conversaciones. Al principio a Sri le resultaba un tanto simpático escuchar y ver a su hija hablar en lengua indonesia con sus amigos, aunque ellos fueran javaneses. No le parecía extraño que Tun y Yos hablaran en indonesio porque Yos era de Kisaran. Sin embargo, los amigos de Tun eran muchachos javaneses, originarios de J, ¿por qué tenían que hacerse entender en indonesio sobre cosas que podían ser expuestas en javanés?

La distracción de Sri, además de Ginuk, que era una niña rozagante, era la práctica de canto y de *ketoprak*<sup>20</sup> que en ocasiones se realizaba por la tarde en la casa de Tun y Yos. Esto siempre era divertido y alegraba a Sri. Divertido porque los actores del *ketoprak* de Yos provenían de todos los grupos étnicos. Era muy cómico ver y oír a gente de Sumatra interpretar el *ketoprak*. Un príncipe de Demak<sup>21</sup> interpretado por un Simbolon,<sup>22</sup> un Pamuncak<sup>23</sup> en el papel de un comandante de Blambangan.<sup>24</sup> Sólo a veces se sentía extraña y sí, un poco molesta, al ver a Yos y sus amigos burlarse de los reyes javaneses en su *ketoprak*.

<sup>20</sup> Tipo de teatro tradicional javanés.

<sup>21</sup> Dinastía en Java Oriental en la época de los reinos antiguos.

<sup>22</sup> Apellido de una familia que pertenece a la etnia Batak del Norte de Sumatra.

<sup>23</sup> Apellido de una familia que pertenece a la etnia Minang del oeste de Sumatra.

<sup>24</sup> Dinastía en Java Oriental en la época de los reinos antiguos.

Esos reyes son muy respetados y venerados por nosotros, se quejaba Sri. Deben ser respetados y glorificados. Si esos reyes ordenaban a sus pueblos ir a la guerra y pagar tributo era porque cumplían su obligación como reyes, ¿por qué parece que lo consideran fuera de lugar y que puede convertirse en la burla de su *ketoprak*?, ¿cuál rey javanés había hablado en forma tan mezclada y desordenada como ésta? Pero Sri sólo se preguntaba esto en su corazón. No quería debatir con Yos sobre ese tema.

Ya habían pasado varios meses y sin darse cuenta transcurrieron lentamente hasta acercarse a un año. Sin embargo, a pesar de que Sri era feliz al estar en medio de la vida de su nieta y su ocupada hija, en los últimos meses antes de cumplirse el año se sentía una tensión que iba en aumento alrededor de esa casa. No era la tensión relacionada con una crisis doméstica. No. Tun y Yos se llevaban bien y parecía que su relación era muy armoniosa. Tun había madurado como esposa y madre y Yos también se había desarrollado como un esposo y padre bueno y responsable en medio de su vida ajetreada. La tensión que Sri sentía era diferente. Los debates y las conversaciones en la casa de Yos parecían ser cada vez más acalorados, crispados y llenos de intensidad. Pero no sólo estas discusiones le hacían saber a Sri que había mucha tensión, sino que cada vez había menos discusiones en la casa, con más frecuencia algunos de los amigos de Yos iban a verlo y se quedaban hablando por horas, en voz baja y despacio, y las conversaciones entre Yos y Tun eran en su mayoría en voz baja y pausada. Y si antes Sri estaba bien informada respecto de dónde iba Yos, ahora no.

Después, esa tensión se volvió más evidente un día en que Yos regresó de un viaje de una semana fuera de la ciudad. Sorprendentemente él y otras personas habían ido al municipio de Sri. Esa noche, rodeado por sus amigos, Yos hablaba con los ojos brillantes sobre el resultado de su viaje. Entre otras cosas, Sri captó frases como:

“Nuestras acciones tuvieron éxito. Ésta es la prueba inicial. Ésta es una prueba de fuerza. Ah, en realidad ellos sólo tienen el poder en el papel... la tierra de mi suegra es un ejemplo. La

mitad de la tierra ya se la apropió un terrateniente de nombre Muhammad. Antes él era conocido como simpatizante del Darul Islam.<sup>25</sup> Ahora ya se adueñó de la tierra de los campesinos pobres, entre otras la de mi suegra. Oh, cuando actuamos, temblaba de miedo.”

Después Sri escuchó a sus amigos pedirle a Yós que describiera lo que había hecho.

—Fue muy simple la acción. Simplemente fácil. Los campesinos apoyados por los maestros y los estudiantes visitaron al señor Muhammad y a otros terratenientes. Les dijeron que no querían seguir más las reglas actuales de dividir la cosecha. Amenazaron con que si Muhammad no lo acepta, ellos no van a cortar las plantas de arroz que se tienen que cosechar el próximo mes.

—Pero esta amenaza ya se ha hecho antes y nunca ha funcionado, ¿cómo es que ahora sí?

—Esta vez la fuerza de trabajo está más organizada. No solamente los campesinos, sino también los maestros y los estudiantes lo apoyan. Y lo importante, el presidente municipal nos apoyó. Ante la posibilidad de que el pueblo le arrebatase la tierra, ese terrateniente prefiere quedarse con una cosecha pequeña.

—¿Por qué no se le arrebató al mismo tiempo la tierra esta vez? De acuerdo con la *Landreform*...

—Eh, esperen, esperen. Eso es si usted se niega frecuentemente a seguir las discusiones. Cada región tiene condiciones y situaciones diferentes. Esperen el tiempo adecuado. No se apresuren. Recuerden a las víctimas del Tanjung Morawa...

Sri escuchó esta conversación con el corazón acelerado. Al pensar en su municipio, siempre lo imaginaba como un lugar silencioso y tranquilo. Al menos, así parecía. Ella podía imaginar la cara del señor Muhammad al estar rodeado por decenas de campesinos. Oh, pobre del buen señor Muhammad. Sri no dejaba de cuestionar cómo un hombre tan bueno, tan santo como el señor Muhammad podía ser presentado por Yós y sus amigos

<sup>25</sup> Organización política de corte tradicionalista islámico.

como alguien tan malo. Se sintió confundida y preocupada al escuchar esa conversación.

Después llegó aquel día. Había transcurrido casi un año desde que Yos contara sobre las acciones contra el señor Muhammad. De repente Tun y Yos llamaron apresuradamente a Sri y a Ginuk para reunirse en la recámara.

—Mamá, hay una emergencia. En Yakarta hubo un golpe de Estado.

—¿Qué es eso, hija?

—Guerra. Los generales tomaron el poder. A nosotros, los de izquierda, nos van a atrapar y a matar. Vamos a huir a las afueras. Tú quédate aquí con Ginuk. Aquí hay un poco de dinero y joyas, tómalas para las compras del diario. Ya está, mamá, ya no hay tiempo para contarte más. Espera aquí hasta que aparezcamos de nuevo...

Después, Tun y Yos besaron a su hija y a su madre y se fueron rápidamente. Sri recordaba que no habían tenido tiempo de nada. Simplemente se fueron y la dejaron. Ginuk, quien apenas tenía tres años, era demasiado pequeña para enterarse de lo sucedido; sólo supo que su mamá y su papá se habían ido.

La confusión de Sri aumentó un día en que la visitó el señor jefe de manzana seguido por algunas personas del ejército.

—Señora, ¿a dónde fueron Yos y Tun?

—No sé. Hace ya varios días que se fueron.

—¿Usted sabe lo que pasó, señora?

Como Sri obviamente no sabía en realidad lo que había sucedido, sólo negaba con la cabeza.

—De verdad, ¿no sabe?

Sri negó con la cabeza.

—Su hija y su yerno participaron en el golpe de Estado. Sri estaba sorprendida.

—¿Cómo que en el golpe, señor? Me dijeron que era un golpe de los generales.

—Ay, ya, ya, se equivocó. Fueron sus hijos y los amigos de sus hijos.

Y un miembro del ejército, que estaba callado, continuó la conversación.

—No era nada más en el golpe de Estado. Sus amigos en Yakarta mataron a los generales.

Sri se quedó callada. Confundida. Mareada. Sólo pensaba en Tun y Yos. ¿En dónde estaban ellos ahora? ¿Adónde corrieron?

—Si sabe en dónde están, infórmenos, ¿sí, señora?”

Sri permaneció callada.

—¿Sí? Porque si no nos informa, puede cometer un error señora.

Sri asintió.

—El castigo por lo que hicieron es realmente muy pesado. Pueden condenarlos a muerte.

¿Condenados a muerte? Sri apretó sus ojos un momento. Como si quisiera comprender el verdadero significado de esas palabras o como si se imaginara a sus hijos recibiendo ese castigo.

Cuando sus ojos se abrieron de nuevo, tal vez lanzaron un destello de temor causado por las palabras del señor jefe de manzana.

—Pero no tenga miedo. Sabemos que usted no tiene nada que ver en eso. Y si sus hijos se rinden incondicionalmente, no se preocupe, nosotros vamos a tratar de obtener una reducción del castigo.

Sri asintió.

Sri no supo nada de sus hijos hasta después de unos seis meses, cuando Tun se apareció una noche tocando la puerta posterior de la cocina. Con el rostro cansado, el cuerpo delgado y la piel quemada, abrazó a su madre sollozando. Sri llevó a su hija adentro de la casa. Le hizo el café que tanto le gustaba, negro, dulce, caliente; la mandó a descansar mientras ella preparaba agua tibia para que se bañara. Recordaba que mientras preparaba el agua tibia, Tun sorbía su café; con los restos de sus sollozos se encontraba sentada en la orilla de la cama y acariciaba con suavidad la mejilla de Ginuk, quien dormía profundamente. Después, cuando Tun terminó de bañarse y



ponerse ropa limpia, cenó con Sri, su madre, que apenas se enteraba de dónde habían estado sus hijos durante los últimos seis meses. De hecho, durante ese tiempo Tun y Yos huyeron de una ciudad a otra junto con algunos de sus amigos. Eran ciudades que no estaban lejos de J. En esta huida fueron perseguidos por el ejército que continuamente perpetraba matanzas y persecuciones en todas partes. Finalmente, una noche, hacía aproximadamente un mes, de repente durante una redada, Yos fue capturado en su escondite. “Atrapamos a un pez grande, atrapamos a un pez grande”, dijeron. Eso le contó Tun a su mamá del momento en que Yos fue capturado. “Elimínenlo rápido y ya, antes de que se vaya a escapar otra vez”, gritaban después de la captura.

Sri conoció entonces el significado de la palabra “eliminar”. Se le escaparon las lágrimas al escuchar la forma en que mataron a su yerno. Ahora frente a ella se encontraba su única hija, Tun, quien sólo por un milagro había podido escapar del peligro y de ser capturada. Después, Sri recordó el mensaje del señor jefe de manzana de que reportara a su hija para que se rindiera; recordó su promesa de ayudarle a arreglar que le redujeran el castigo a Tun.

—Tun, ahora ¿a dónde quieres huir?

—No sé, la mayoría de mis amigos ya fueron capturados. No sé dónde debo buscar otro contacto.

—¿Qué tal si simplemente te rindes, hija?

—¿Para que me eliminen?

—No, no. Sólo para que te arresten.

—¿Cómo sabes que sólo me van a detener?

—El señor jefe de manzana me lo prometió.

—Ay, ¿la promesa del señor jefe de manzana? Él es un cabrón del ejército.

—Eh, no te enojas así tan rápido, hija. Dame una oportunidad para tratar de convencerlo, ¿sí? ¿No quieres seguir viendo a Ginuk?

Tun guardó silencio. Sri sabía que obviamente Tun estaba desesperanzada. Silenciosamente fue esa noche a visitar

al señor jefe de manzana y discutió la entrega de Tun hasta la medianoche. Al día siguiente, sin hacer mucho ruido, Tun con Sri y Ginuk fueron con el señor jefe de manzana en una camioneta a la oficina de Kodim.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Komando Distrik Militer (Comando Militar de Estado).

### III

Ya en su casa, Sri se sentó en la sala a divagar. Ginuk, cansada, dormía una siesta en la recámara. Aunque durante los últimos seis meses solía sentarse así, sola, a divagar, esa vez, después de regresar del Kodim, realmente se sentía sola. Sola. Miles de veces había sentido que el destino la retaba y se burlaba de ella. Ahora el destino extendía sus largos brazos, formando un callejón ante ella. Sri veía ese callejón como un giro en el tiempo en el que debía volver a empezar. Debía volver a empezar dando un paso adelante si quería iniciar esa nueva etapa. ¿Hacia dónde dar un paso?, ¿a dónde voltear? Hacia la libertad de Tun. A preparar el camino de Ginuk. Y como en los preparativos de cada viaje lejano, cuando reflexionaba sobre esa nueva etapa, sabía que debía prepararse y calcular sus provisiones.

Su parcela y su casa, ésas eran sus posesiones más valiosas. Sólo eso constituiría tal vez las provisiones para su viaje lejano. ¿Su propiedad? En el papel se quedó. Porque su parcela había sido dividida por el Barisan Tani Indonesia y su casa era rentada también al Barisan Tani Indonesia, pero si esas propiedades eran consideradas “subversivas”, debían estar por un tiempo bajo el resguardo del gobierno local.

Sus joyas, ¿las joyas que le había encargado Tun? De sus joyas ya no quedaba ni una, porque las había usado en el pasado para abonar algo a su deuda con el señor Muhammad. De las joyas de Tun quedaban dos pulseras de oro. Ésas serían después para Ginuk.

¿Dinero? Adelgazando y adelgazando. En una o dos semanas seguramente se acabaría. ¿Entonces? Sri Sumarah, *sumarah*. Como de costumbre en una situación así, recordó a su abuela y a su esposo. Si hubiera estado en ese momento en

su pueblo, seguramente habría ido al cementerio y esparcido pétalos sobre sus tumbas. Pero en ese momento su pueblo se encontraba demasiado lejos. Demasiado lejos de su alcance. Sri tuvo entonces el deseo de *tirakat*,<sup>1</sup> de dormir toda la noche afuera, al aire libre.

En la noche, después de llevar a Ginuk a la recámara, extendió un petate en el patio al extremo de la pequeña casa, recostó su cuerpo sin almohada y sin cobija, y miró al cielo. La luna distaba mucho de estar llena, como si estuviera en cuarto menguante, como si fuera una hoz que hubiera perdido su mango. La luna se movía contra los cúmulos de nubes. ¿Quién caminaba?, pensó, ¿la luna o las nubes? De repente sopló el viento fresco, y el clima, que había sido cálido desde la tarde, se volvió más agradable. Sri bostezó y durmió un momento. Mientras dormía sintió que se encontraba con su esposo. “Sri, estoy cansado. Anda, por favor dame masaje.” Y Sri alegremente y sintiendo una obligación moral, dio masaje a su marido con todo sentimiento. Repentinamente se despertó alterada. ¡Oh, Dios mío, sólo fue un sueño!, se quejó. ¡Oh, qué decepción! ¿Por qué el gozo en medio de la tristeza sólo dura un momento? Se puso a divagar de nuevo; después, como si algo la tocara, recordó cuál había sido su objetivo al dormir a la intemperie. Para esperar un *wisik*,<sup>2</sup> un murmullo proveniente de aquellos que están allá arriba. ¿Y supones que Mas Marto apareció sólo para pedir un masaje? Permaneció callada; pensaba y pensaba. El viento se hizo más fresco, la noche más profunda. No, resolvió, no voy a regresar a la profundidad, no me voy a volver a dormir, mucho menos a tomar una almohada y cobijas. Voy a seguir aquí hasta que obtenga una respuesta sobre el significado de ese sueño. Y esperó y esperó.

Un gallo empezó a cantar. Cantó de nuevo. Y cuando el canto empezó a generalizarse y el cielo daba señales de que

<sup>1</sup> La contemplación; véase la nota 4 en el anexo.

<sup>2</sup> Mensaje, véase la nota 4 en el anexo.

descubriría sus secretos, Sri percibió repentinamente que su pensamiento se aclaraba.

“Ah, Mas Marto quiere que dé masajes. Él se alegraría de que yo diera masajes. Claro que puedo dar masajes. ¿Por qué no intento dar masajes para empezar este nuevo viaje?”

Así obtuvo Sri su iluminación. Y aunque esa noche no durmió ni un rato –excepto el tiempo en el que ese sueño vino a ella–, sintió su cuerpo fresco y ligero. Ahora sabía que ya podía empezar a andar por el callejón que abría el destino ante ella, y parecía que esa iluminación había arreglado ya su itinerario. Esa misma noche comenzó su viaje. El hijo de su vecina se había luxado el pie en la tarde jugando fútbol; toda la tarde, el niño lloró y se quejó; sus padres no sabían qué hacer. Sri no pensó que ése sería el momento en que iniciaría su acción, su viaje hacia la liberación de Tun; simplemente fue a visitar a la vecina como cualquier buen vecino que estuviera enterado de sus dificultades. Vio que la parte de abajo del tobillo estaba inflamada y morada. Después simplemente se sentó en la orilla de la cama y empezó a masajear con lentitud el pie del niño. Parecía como si todas las personas de esa casa hubieran estado inmersas en un momento mágico: permanecían calladas, sentadas alrededor de Sri viendo cómo masajeaba el pie del niño. Y él, que había llorado toda la tarde y había estado inquieto, al contacto de la mano de Sri poco a poco empezó a calmarse. Ella siguió dando el masaje lentamente, con paciencia y suavidad. Su mano parecía dirigida por otra mano milagrosa, la cual sabía exactamente qué músculos debía tocar. Y siguió masajeando lentamente y por un largo rato, como cuando le daba masaje a su esposo. Casi una hora después, el niño se quedó recostado, tranquilo y relajado. El amoratamiento y la inflamación de su pie habían empezado a desaparecer. Entonces, Sri comenzó tranquilamente a cantar un *tembang*. *Ana kidung rumeksa ing wangi...*<sup>3</sup> El niño se durmió profundamente. Sri se levantó con

<sup>3</sup> “Buen niño siempre está guardado en toda la noche.”

cuidado de la orilla de la cama después de terminar una estrofa de la canción.

La madre del niño, que había estado preocupada desde la tarde porque veía a su hijo gritar –hasta había pensado que el niño había sido golpeado por uno de los fantasmas que cuidan el llano del pueblo–, abrazó a Sri. Su corazón se sentía aliviado y feliz. Cuando salió de la casa, el padre del niño la acompañó a la reja de la entrada y disimuladamente puso un billete de cien en su mano.

Esa noche decidió convertirse en masajista. Desde entonces la noticia se expandió rápidamente por el pueblo: la señora Marto tenía una habilidad maravillosa. La gente empezó a buscarla con frecuencia para pedirle que por favor le diera masaje. Y para cuando el señor jefe de manzana se convirtió en su cliente, su fama como masajista se expandió más allá de su pueblo, porque el señor jefe de manzana, además de haberse convertido en presidente de la colonia, trabajaba en las mañanas como funcionario en la oficina municipal. Bastó con que él contara sobre la efectividad del masaje de Sri y que una o dos personas de la cabecera municipal lo probaran, para que la historia se expandiera hasta los confines más lejanos de la región.

Sri, como en el pasado cuando aún estaba en su pueblo y recibía trabajos de costura sin establecer jamás tarifas, hizo lo mismo con sus masajes. Cuantos clientes le llevaran trabajo, ella lo recibía. Y como si el masaje supiera de la estratificación social, la tarifa se creaba por sí misma de acuerdo con lo “alto o bajo” de la posición del cliente. Los provincianos pagaban entre cien y doscientas rupias; la gente “adinerada” pagaba al menos trescientas rupias. Pero después, cuando su nombre se volvió más popular, Sri expandió –sin realmente quererlo– su círculo de clientes, o se podría decir, de nuevos *fans*. Eran personas influyentes en la sociedad de J, funcionarios, militares y líderes políticos que por sus ocupaciones y las tensiones de sus trabajos, de cuando en cuando necesitaban disminuir esa tensión y las presiones.

Era un tipo diferente de clientes. No eran personas que le pidieran un masaje a causa de una luxación o para relajar los músculos tensos, sino simplemente porque querían que Sri les diera masaje. Mientras sentían la caricia de la mano que recorría todo su cuerpo, ella en ocasiones cantaba un *tembang* suave y melodioso, o acompañaba el masaje con una breve conversación sobre temas cotidianos; entonces los clientes se sentían envueltos en un ambiente en el que el trabajo diario era tan lejano como un país que estuviera del otro lado del mar. Para Sri ésa era una experiencia nueva (la única experiencia que avivaba el deseo por un hombre en Sri era imaginar a su propio esposo). Aunque su abuela le había enseñado que en esencia todos los hombres eran iguales, le resultaba un tanto sorprendente observar que sus clientes reaccionaban ante su masaje de forma muy similar. Recostados en la cama de un hotel, obviamente parecían niños que entregaban completamente su cuerpo a Sri. Pedían que les diera masaje, pedían que les cantara, pedían que les contara un cuento. Y eran personas grandes, pensaba Sri.

Una persona entre ellos, un Mayor, era todavía más especial. Era un hombre grande, fornido, con los dos dientes frontales de oro, con bigote, y lo especial consistía en que no sólo le gustaba que le dieran masaje y escuchar los *tembang* que cantaba Sri; a él incluso le gustaba cantar los *tembang* y era hábil para hacerlo. Si el señor Jumadi –ése era su nombre– sentía que ya le habían dado suficiente masaje, se sentaba como un jeque dentro de su tienda en el desierto e invitaba a Sri a cantar a dos voces. Este cliente era el que la llamaba más seguido; su voz era excelente y dominaba los *tembang* más conocidos. Por ejemplo, le pedía una parte completa de *Damarwulan Ngarit*,<sup>4</sup> después intercambiaban estrofas de la canción como si fueran Anjasmara y Damarwulan,<sup>5</sup> o a veces una parte del *Ramayana*,

<sup>4</sup> “Damarwulan que está trabajando en el campo de arroz.”

<sup>5</sup> Una pareja perfecta en la literatura javanesa.

por ejemplo la escena del Jardín de Soka, en donde ellos peleaban como Rahwana y Sinta.<sup>6</sup> Y Sri, al estar ante una persona tan extraña como el mayor Jumadi, no podía hacer otra cosa que responder lo mejor que sabía a la canción. Porque el mayor Jumadi era una persona buena y generosa. De todos sus clientes, él era el que le daba más. ¡Y no solamente dinero! Si llegaba en actitud más generosa que de costumbre, le daba a Sri una pieza de suave *batik*;<sup>7</sup> incluso en una ocasión le regaló un reloj de pulsera Seiko. Desafortunadamente, un día el mayor Jumadi desapareció. Según las noticias había sido detenido por el Corps Polisi Militer,<sup>8</sup> porque estaba involucrado en actos de corrupción en Dolog,<sup>9</sup> la Bodega Logística de la ciudad J.

De manera que dar masaje se convirtió en el oficio principal de Sri. Ella misma no se sentía pequeña, baja o apenada con ese oficio. Primero, porque era algo honesto y, segundo, porque lo importante era que de ese trabajo obtenía una ganancia fija y suficiente para mantener su hogar. Dos veces al mes podía visitar a Tun en la cárcel. Eso significaba dinero, porque cada vez que iba debía preparar dos canastas llenas de comida, una para Tun y la otra para el carcelero. Comprendía cabalmente que ésa era la regla del lugar. Los carceleros, como cualquier otra persona, trabajaban duro por un sueldo que distaba mucho de ser suficiente. Un pequeño lujo como la pequeña canasta que les llevaba Sri era poca recompensa por sus servicios como soldados, ¿no era ésa una petición dentro de lo normal? Ella no se sentía sorprendida, sino incluso un tanto apenada porque consideraba que no era suficientemente sensible hacia las necesidades de sus semejantes. La primera vez que le llevó una canasta a Tun, el guardia le dijo alegremente: “Ay, ese platillo de res huele realmente muy bien, señora. Si la próxima semana trae algo de guisado extra, pues estaría bien...”

<sup>6</sup> El antagonista y el protagonista de la épica *Ramayana*; véase nota 1.

<sup>7</sup> Tela tradicional originalmente pintada a mano.

<sup>8</sup> Cuerpo de Policía Militar.

<sup>9</sup> *Depot Logistik*.



Después, el dinero que obtenía dando masaje lo podía usar para visitar su pueblo y limpiar un poco y arreglar el cementerio. Hacía mucho tiempo que Sri había decidido ir a su pueblo. Le había pedido consejo al señor jefe de manzana sobre si era seguro para ella ir allá. Entendía que en una época como ésa podrían agredir a la madre de un miembro de la Gerwani y, además, suegra de un personaje importante del Corps Gerakan Mahasiswa Indonesia.

—Ah, no se preocupe demasiado de ver a todos, señora Marto. Simplemente vaya. Si todavía tiene miedo, le daremos un salvoconducto extra aparte del que ya tiene. Sólo...

—¿Sólo qué, señor?

—No vuelva a hablar de su casa y su parcela, señora Marto. Déjelo para después. Obviamente si es su destino que las recupere, las recuperará.

—Oh, eso. Si ése es el problema, sinceramente no me preocupo. Si ése es mi destino, ¿qué más puedo hacer? En realidad yo sólo quiero visitar el cementerio. Para la noche ya habré regresado. También un poco para enseñarle a Ginuk las tumbas de sus ancestros. Esa niña ya tiene cuatro años. Ya es tiempo de que sepa sobre sus orígenes.

—¿Que ella todavía no sabe de quién es hija?

—Todavía no. Sólo sabe que es mi hija, señor. Me llama “mamá”, y le he dicho que Tun es su hermana. Dejémoslo simplemente así para que no haya problema. Después será más fácil, cuando llegue su tiempo...

Aunque Sri ya había preparado todo, inesperadamente, al entrar de nuevo a su pueblo o a la pequeña ciudad, tan pequeña como una caja de cerillos, su corazón latió con rapidez. Tristeza, nostalgia, miedo. Parecía que no había cambiado mucho. Oh, cómo deseaba pasar por su casa y su parcela. Pero su corazón la detuvo. Su corazón le decía que se quebraría si veía su casa pintada de blanco con cal y su parcela húmeda y verde. Sigue, sigue simplemente al cementerio, murmuraba su corazón.

En el cementerio, Sri y Ginuk sólo estaban acompañadas por el señor Tukimin, el guardián del cementerio. Todavía

sigue siendo la misma persona, pensó Sri. Cuando ella era aún una niña, Tukimin era ya tan viejo como ahora y desde entonces ya era el guardián del cementerio. Parecía como si el cementerio no quisiera que lo cuidara otra persona que no fuera el viejo Tukimin. Por Tukimin fue por quien Sri supo un poco de lo que había pasado en su pueblo desde que ella lo dejara. Hacía mucho tiempo que habían atrapado al presidente municipal, porque se había convertido en simpatizante del Barisan Tani Indonesia; asimismo, la mayoría de los maestros que eran antiguos colegas de su difunto esposo, habían sido atrapados, incluso algunos ya habían muerto o desaparecido porque se hicieron miembros de la Persatuan Guru Republik Indonesia.<sup>10</sup> Su casa había sido saqueada por jóvenes de la Anzor,<sup>11</sup> por haberse convertido en la sede del Barisan Tani Indonesia; después fue ocupada un tiempo por esos jóvenes, pero ahora estaba bajo el poder de las autoridades municipales, que incluso la habían reparado. La noticia era que pronto se convertiría en la oficina del Koramil.<sup>12</sup> ¿Y su parcela? El señor Tukimin no lo sabía con claridad. Lo que sí quedaba claro era que allí se seguía cultivando arroz. Sri escuchó todo eso sintiéndose abrumada. Una ciudad tan pequeña como una caja de cerillos, callada, a la que jamás se inquietó en su sueño, ¿cómo podía haber experimentado eventos como éstos?, se quejó. Arrestos, asesinatos, despojos, venganzas, y despojos otra vez.

Uy, se lamentó otra vez. Pero Sri no sería Sri si no pudiera tomar rápidamente una “ganancia” o lo que pudiera considerarse como tal.

“Sí, también había tenido suerte, la casa no se había caído, incluso la habían arreglado. Sí, también era buena suerte el que en la parcela, aunque estuviera fea, todavía se pudiera seguir cultivando...”

Ginuk empezó a inquietarse en el cementerio. Los espesos

<sup>10</sup> Asociación de los Maestros de la República de Indonesia.

<sup>11</sup> Organización política de corte tradicionalista islámico.

<sup>12</sup> Komando Rayon Militer (Comando Militar Municipal).

cipreses esparcidos por todas partes, los gorriones y los cuervos que volaban alrededor, y el aire caliente que le provocaba sed, la ponían inquieta.

“Hija, ésta es la tumba de tu abuela y de tu padre. Ven a esparcir pétalos con mamá.”

Ginuk escuchó las palabras de su abuela y, según sus instrucciones, esparció pétalos sobre las tumbas de la abuela y del esposo de Sri. Después de eso fue invitada a sentarse en cuclillas frente a las tumbas. Sri estaba pensativa. Sentía que podía hablar de muchas cosas con su abuela y su esposo. Quería presentarles a Ginuk, ¿pero cómo?, ¿qué palabras debía elegir? La esencia de todo lo que realmente quería expresarles era sólo su agradecimiento por haberla protegido durante ese tiempo, y pedirles su bendición, que la bendijeran muchas veces para que pudiera enfrentar los días largos y escabrosos. Pidió por la fuerza de Tun y que recordara a Dios, pidió por la felicidad y la salud de Ginuk, la desafortunada niña que había nacido en medio de semejante desventura.

—Ginuk, hija, pide bendiciones, pide bendiciones...

—Mamá, quiero irme, quiero helado.

Sri acarició la cabeza de su nieta mientras sonreía. ¿Qué debía entender esa niña? ¿Qué tan aguda era la memoria de una niña de cuatro años? ¿Recordaría cuando Yos la arrullaba o cuando bailaba con ella a medio ensayo del *ketoprak*?

—Vámonos mamá, hace calor. Quiero helado, mamá, helado...

En el viaje de regreso a J, en el autobús, Sri se encontró con un antiguo vecino del municipio.

—Oh, Dios mío, señora Marto. Está todavía tan fresca, tan conservada, tan bonita...

Sri sonrió, no oyó sus otras palabras.

¿Cuántos años hacía que una persona había halagado su belleza?



## IV

Ese atardecer parecía otro cualquiera para Sri. El cielo se enrojeció al oeste, los pájaros piaban y se arrebatan un lugar en el árbol de mango de la esquina de la casa; Ginuk se quejaba, protestaba porque la cena no estaba sabrosa (por eso no quería aceptar su comida), seguía corriendo alrededor de su pequeña casa. Sri la seguía pacientemente y le daba poco a poco pequeñas cucharadas de comida; un vendedor de pasteles pasó haciendo ruido con el sonido del vapor que salía de su carrito. Ese atardecer era como cualquier otro, reflexionaba Sri. También cuando ya había caído la noche y Ginuk ya se había acostado en la cama, e incluso cuando Gimán, el mozo del hotel, llegó para informarle que un huésped pedía con insistencia un masaje, Sri aún suspiró también: esa noche parecía como una noche común. Frente al espejo de su recámara, cuando se cambiaba de ropa, con un *kain* de *lurik*<sup>1</sup> café oscuro, una *kebaya* de *lurik* café claro, fajilla verde claro arco iris y una estola de *batik* impreso sobre un fondo blanco etiqueta Rujak Sente, una marca muy conocida, mientras sonreía cansada, siguió reflexionando: ah, la ropa para ir a dar masaje es como siempre, si no *lurik* café, pues *lurik* azul, y así café-azul-café-azul, *lurik*, *lurik*, *lurik*...

Por supuesto, Sri se había sentido algo cansada ese último año. Dar masaje, su único empleo que garantizaba su vida, era ya demasiado monótono. Aunque sus músculos habían empezado a debilitarse y por eso se sentía cansada, su corazón y su mente estaban también un tanto cansados. Claro está que sus ganancias eran más o menos buenas, claro está que de cuando en cuando había clientes de buen corazón, alegres, llenos de

<sup>1</sup> Un tipo de *batik*.

simpatía, incluso generosos, pero el ritmo de sus dedos era siempre el mismo, acompañado con la visión de los músculos de la pierna y el muslo siempre iguales (aunque de diversas medidas y diversos niveles de volumen del vello), y eso empezaba a aburrirla. Sólo Ginuk y los días de visita a la cárcel para ver a Tun le recordaban que ese sentimiento de aburrimiento le resultaría muy caro si cedía ante él. Ginuk ya estaba más grande, cada vez se percataba mejor del ambiente que la rodeaba, cada vez requería más su atención. Tun había sido trasladada a la cárcel de otra ciudad, a P, junto con otras presas.

Con esa mudanza, al menos el destino de Tun era más claro: ella no había sido “eliminada” o “enviada a *Sukabumi*”<sup>2</sup> (palabras que siempre le erizaban al pelo a Sri). “Oh, seguramente Tun aún tardaría en salir...si sale.” Pero al menos, vivía. Y una vez al mes podía visitarla. Si ya estaba próximo el día de visita, Sri lo recibía con gran variedad de emociones y actividades. Se ponía feliz e imaginaba la cara de su hija, la cual parecía siempre alegre, e incluso ahora se veía un poco regordeta. Se entristecía al recordar la alegría de la cara de su hija: ni por un momento pasaban por su mirada brillante la desesperanza, la amargura o la venganza. Algunas de las actividades de la víspera de su partida consistían en preparar varias cosas distintas para llevar. Ropa, comida (la cual ahora debía ser más variada y abundante), ordenar los boletos del tren a un concesionario, y preparar a Ginuk. Sri procuraba que Ginuk se viera alegre, saludable y que mostrara que nada le faltaba. Sri quería que Tun tuviera siempre el corazón tranquilo por saber que su hija estaba en buenas manos. Pero también quería –con el consentimiento de Tun– que Ginuk viera por el momento a Tun como su hermana mayor, no como su mamá, hasta que fuera el tiempo adecuado para hacérselo saber, pues llegaría...

Sí, Sri observaba el interesante desarrollo de la relación entre Ginuk y Tun. Ginuk, quien solamente en determinados

<sup>2</sup> Es una ciudad. Literalmente la palabra significa “tierra querida”, pero en este contexto es un modismo de la palabra *matar*.

momentos podía reunirse con su madre, parecía sentirse cada vez más cerca de Tun y quererla cada vez más. Su atención aumentaba, sus preguntas sobre ella eran más frecuentes, sus conversaciones con su madre se hacían cada vez más largas y más animadas cuando se veían en la cárcel.

Respecto de la elección de los diferentes alimentos y demás regalos, ahora Ginuk también daba ideas e incluso decidía. Por supuesto que no sólo se debía a que Ginuk era más grande —ya casi tenía seis años— y más inteligente, sino seguramente también por el “llamado de la sangre”, pensaba Sri. Seguro que el señor Dios poco a poco la preparará para saberlo. “Claro está que si ése es el plan del Señor, nada puedo hacer al respecto; ojalá que cuando lo sepa no se sorprenda demasiado.” Éstas eran sus esperanzas.

Sri terminó de arreglarse. Una vez más revisó su imagen en el espejo, su ropa y el polvo facial en su rostro. Vio en el espejo que sus mejillas y su cuello empezaban a marchitarse poco a poco y que su cuerpo se había reducido ligeramente. Sí, si hay algo que nunca se cansa de esperar, eso es la edad. Suspiró profundamente y no por lo marchito de su piel ni por la reducción de su cuerpo, tampoco por el avance de la edad, sino porque tenía que mover su pie adelante como cientos o tal vez miles de veces, para salir de la recámara y dirigirse al hotel para dar masaje. Ma-sa-je...

En el cuarto del hotel, frío por el aire acondicionado, Sri saludó amablemente mientras flexionaba un poco el cuerpo hacia el huésped. No era un cliente antiguo. De hecho, era la primera vez que lo veía. Todavía era joven y parecía ser rico, y seguro que era de Yakarta. Prueba de ello eran su excelente camisa, su pantalón lujoso y su aspecto totalmente diferente al de sus clientes, quienes eran personas importantes de la sociedad de J, que a pesar de su tamaño, tenía la esencia de una ciudad pequeña del interior. La forma de su rostro era atractiva, su cuerpo fornido, el cabello un tanto largo: un modelo de los jóvenes de la época actual.

—Señora, deme un rico masaje, ¿sí? Estoy cansado.

(¡Ah, sí es de Yakarta!)

Sri sonrió, arregló su bolsa, sacó su contenido. Pomada, aceite de palpa, talco, vick vaporrú y unas monedas ya lisas. Mientras el huésped veía las cosas que sacaba de la bolsa, se abrió la ropa rápidamente y con seguridad. En sólo un momento el joven huésped se encontraba de pie ante ella, desnudo, es decir, en ropa interior, o mejor dicho, trusa. Ahora Sri vio que el pecho de su huésped estaba totalmente cubierto de vello.

—Señorito, ¿quiere usar pomada, aceite de palma, *vick* o sólo talco?

—No, ninguno. Sólo deme un rico masaje hasta que me duerma.

—¿Hasta que se duerma?

—Sí. Estoy muy cansado, señora. Acabo de llegar en carro desde Bandung.

—Oh, el señorito viene de Bandung, ¿no?

—Sí, de Yakarta y Bandung. Si me quedo dormido, no me despierte. ¿Sí, señora? Ahí en la mesa hay dinero. Tómelo todo si ya terminó de darme masaje. Si sale del cuarto no olvide cerrar la puerta. Mañana venga otra vez aproximadamente a la misma hora.

Recostó su cuerpo, boca arriba, con los ojos cerrados. “Es diferente esta persona”, pensó Sri. “Generalmente la gente se acuesta boca abajo.” Empezó a darle masaje. Sus dedos comenzaron a moverse como de costumbre. Empezó a masajear la parte inferior de la pierna, después poco a poco se deslizó hacía arriba. Qué fuertes eran sus piernas. Claro, las piernas de un joven.

Mmm, mmm, mmm. Sri sonrió. Así de rápido él expresaba el gozo. Ella también estaba contenta. Sorprendentemente, el movimiento de sus dedos también era hábil para los músculos de un joven fuerte y que no era javanés.

—Hey. Ay, ay, ay. Sí, sí ahí, señora. No fuerte. Ay, ay, ay.

—¿Duele, señorito?

—Sí, pero se siente rico. Siga, señora. No fuerte. No, así nada más, no tan fuerte.



Sri se rió. Oh, el joven fuereño no soporta el dolor. Sus músculos se sentían muy tensos y fuertes. Naturalmente, eran los músculos de una persona cansada. Ella acarició y acarició. En el muslo, alrededor de la rodilla, se sentían realmente fuertes los músculos. Lenta y suavemente Sri masajeaba, acariciaba y acomodaba. Por momentos, el joven se estremecía con los ojos cerrados. Era diferente a sus clientes habituales; este joven permanecía callado. Comúnmente, si ya hacía varios minutos que el masaje había empezado, sus clientes la invitaban a platicar. Sobre su vida, sus ingresos, cuántos hijos tenía, si le gustaba cocinar o no, qué otro trabajo tenía además de dar masaje y cosas por el estilo. A veces había personas a quienes les gustaba platicar un poco, haciendo bromas en doble sentido. Sri no los rechazaba si de cuando en cuando le hacían bromas en doble sentido. Los escuchaba mientras masajeaba y se reía si las bromas eran suficientemente divertidas. Una o dos veces había habido clientes que trataron de deslizar la mano en el pecho de ella en medio del masaje. Rápidamente, pero con suavidad, Sri detenía la mano que se empezaba a deslizar y la colocaba de nuevo en su lugar. A veces tenía también que reírse si un cliente iniciaba esos deslices. ¿Qué pensará esta gente?, se preguntaba Sri en su corazón. ¿Lo hacían inconscientemente porque su mano no se podía quedar tranquila, o porque realmente lo deseaban? Por lo general llegaba pronto a la conclusión de que lo hacían inconscientemente, ya que pensaba que cómo era posible que una persona pudiera desear a una mujer de edad madura como ella. Pero aunque ella misma llegaba a esa conclusión, se sentía enojada en su corazón. Enojada porque sentía que ese deslizar de la mano se convertía en un simple juego inocente. Si esto sucedía, ella endurecía su actitud, y eso se reflejaba claramente en el ritmo de su masaje. El masaje se volvía más rápido, más fuerte y dejaba de cantar.

Ese joven era diferente. El seguía callado. Sus ojos permanecían cerrados, aunque estaba claro que aún no se dormía. Sus brazos se encontraban colocados a los lados, derechos y tranquilos. Incluso cuando los dedos de Sri masajeaban la parte

superior de sus muslos, muy cerca de la entrepierna y después un poco más arriba alrededor de los testículos, el joven no mostró reacción alguna. Su rostro expresaba tranquilidad y cansancio. Cuando Sri ya había terminado de masajear el pecho y el cuello, le pidió al joven que volteara su cuerpo boca abajo. El joven la obedeció sin pronunciar una palabra.

Sri continuó el masaje. Los músculos ahora empezaban a sentirse un poco relajados. De pronto se dio cuenta de que durante casi media hora, desde que había empezado el masaje, todavía no había cantado ni un *tembang*. Generalmente era casi automático: en cuanto había pasado un cuarto de hora dando masaje, ella empezaba a arrullar, a cantar lentamente uno a uno los párrafos del *macapat*.<sup>3</sup> Tal vez entonces no lo hubiera hecho porque el joven estaba demasiado tranquilo, nada inquieto, o porque no era javanés. Sri enderezó los hombros y empezó a cantar suavemente una canción sobre una historia aristocrática. La eligió de una parte de la historia *Putri China dengan Wong Agung*.<sup>4</sup> Antes de que terminara medio párrafo, el joven repentinamente se movió para cambiar su cuerpo de posición. Sri se sorprendió por un momento. “Oh, seguro quiere escuchar la canción tradicional javanesa”, pensó. Pero el muchacho sonrió.

—Señora, cante Waljinah,<sup>5</sup> señora, Waljinah.

—Oh, al señorito le gustan las canciones javanesas.

—Me gusta Waljinah.

—El señorito es javanés, ¿no?

—Dicen que mi mamá era javanesa.

—¿Dicen? ¿Que no conoció a su madre?

—No. Hace mucho tiempo que ella murió. Ande, Waljinah, señora, Waljinah.

El joven recostó su cuerpo boca abajo otra vez; parecía estar listo para escuchar a Sri. Ella sonrió. “¿Por qué quiere que

<sup>3</sup> Un tipo de poesía tradicional javanesa.

<sup>4</sup> La princesa china y el rey.

<sup>5</sup> Es una cantante.

mientras le doy masaje le cante Waljinah?”, se quejó Sri. No era lo adecuado. “Las canciones de Waljinah sólo eran adecuadas para ser escuchadas mientras se tomaba el té”, seguía Sri hablando en su corazón. Pero parecía que ese joven no pudiera disfrutar el *macapat*, Sri empezó a elegir la canción de Waljinah, la que fuera más o menos adecuada para acompañar un masaje. Después decidió tratar con una canción *yen ing tawang ana lintang*.<sup>6</sup> Lentamente Sri, mientras daba el masaje (ahora ya hasta los glúteos), entonó las notas de *yen ing tawang ana lintang, cah ayuuu...*<sup>7</sup>

Cuando concluyó la canción, ya había terminado de masajear la espalda del joven. Una vez más le pidió que cambiara de posición. Ahora sólo le faltaba realizar la última parte del masaje: tronar los dedos de las manos y de los pies. Esto lo realizaba con mucho cuidado y como un “servicio extra”, mientras lo hacía, trató de cantar *Walang Kekek*.<sup>8</sup> El joven seguía como desde el principio, tranquilo y con los ojos cerrados, escuchando y disfrutando el masaje de Sri. Finalmente, cuando terminó de tronar el último dedo, Sri suspiró por un momento mientras se secaba el sudor. Era cansado dar masaje al cuerpo de un joven tan grande y saludable como éste, pensó. Él se veía tranquilo, descansando recostado así. Sri seguía secándose el sudor de la frente y el cuello mientras veía al muchacho. De repente, sin que Sri lo hubiera pensado, el brazo del joven la atrajo hacía sí; lo hizo en forma tranquila, rápida y con fuerza, recostó entonces el cuerpo de Sri sobre su pecho. Ella estaba sorprendida, confundida, no sabía qué hacer con el fuerte abrazo del muchacho. El vello del pecho del joven rozaba su mejilla, su nariz y su boca.

Ahora Sri podía besar el perfumado pecho del joven. Su aroma era el de un perfume extranjero, porque ella nunca había oído un aroma como ése. Ahora el joven acariciaba la cabe-

<sup>6</sup> “Cuando en el cielo están las estrellas.”

<sup>7</sup> “Cuando en el cielo están las estrellas, mi hijo...”

<sup>8</sup> “El Chapulín.”

za de Sri, su cabello, su peinado; después sus dedos se deslizaron hacia abajo, acariciándole la espalda. Sri seguía confundida; nunca había experimentado una sensación como ésa. Nunca un huésped la había tocado como ese joven. Así tan de repente, así tan tranquilo, así tan fuerte, así tan... simplemente así. En medio de las caricias, el joven a veces levantaba la cabeza de Sri y suavemente sus labios besaban, no, rozaban los labios de ella, la frente, las sienes y los oídos de Sri. “Oh, ¿qué debo hacer?”, se quejaba Sri en su corazón. “¿Por qué no trato de rechazarlo inmediatamente?” Mientras tanto el joven seguía acariciándola y rozándole los labios, aún con los ojos cerrados, mientras que a veces se quejaba suavemente, uuh, uuuh, uuuhh. Esto prosiguió por aproximadamente diez minutos y Sri simplemente se entregó. Cuando el joven acariciaba su cabello y su espalda, ella dejaba su cabeza tranquilamente en el pecho del muchacho. Después su cabeza seguía subiendo y bajando suavemente junto con la respiración del joven. Su aroma era diferente al de otros hombres. Tal vez ése era el aroma de los hombres de una gran ciudad y adinerados, pensó Sri. Cuando finalmente él detuvo sus caricias y sus besos, Sri levantó lentamente su cabeza y su cuerpo del pecho y del cuerpo del muchacho. El joven seguía con los ojos cerrados. Sri se levantó lentamente de la cama, arregló sus cosas, las metió dentro de su bolsa y tomó su chal, que estaba colocado sobre una silla.

—Ya, señorito, ¿puedo retirarme?

—Sí, señora. No olvide, mañana a la misma hora.

—Está bien, señorito.

—No olvide tomar el dinero que está sobre la mesa.

—Sí, señorito.

—Gracias señora, buenas noches.

—Gracias señorito, buenas noches.

Sri tomó el dinero que estaba sobre la mesa. Tres billetes de mil. Cuando cerraba la puerta, volteó a ver la cama. El joven aún seguía recostado con los ojos cerrados.

En casa, en la recámara, en una silla, Sri se sentó frente al espejo. En el espejo Sri vio a Sri; atrás de ella se veía a Ginuk

durmiendo profundamente en la cama. Lentamente, se quitó su *kebaya* de *lurik* para cambiarse de ropa. Su camisón viejo estaba acomodado en la orilla de la cama listo para que lo tomara y lo usara, pero sin saber por qué el camisón se quedó en su mano y después lo colocó sobre su pierna.

Ahora observaba en el espejo a una Sri que usaba sólo sostén. La prenda era blanca, comprada en el mercado. Miró su pecho, que aunque no estaba demasiado desinflado, sí se había reducido por el aumento de la edad. Después, también en las mejillas, la frente y el cuello, empezó a ver la piel marchita por la edad. Pero aunque aceptaba lo marchito de su piel, pensaba que se veía más joven de la edad que tenía, ya que se acercaba al medio siglo. Recordó cuando una vecina, tiempo atrás, le preguntó por el tipo de poción que usaba y cómo lo hacía. “Ay, señora Marto, cómo puede seguir así de esbelta. Verse joven. Hace que la gente se ponga celosa, pues...” Sri sonrió al recordarlo, y cuando sonrió, tal vez sin darse cuenta su mano levantó uno de sus senos por debajo del sostén. Luego recordó la ocasión en que se encontró con un antiguo vecino de su municipio en el camión que le dijo que seguía siendo “hermosa”. Entonces repentinamente se percató de que sus dos manos aún estaban sobre sus senos. Eso se veía claramente en el espejo. “Oh, Dios”, exclamó. Rápidamente bajó sus manos, se puso de pie para ponerse el camisón, quitarse el *kainy* aventarlo sobre una silla. Después se soltó el cabello. Recordó que al día siguiente debía ir al mercado con Ginuk a comprar lo necesario para preparar la comida para Tun. En dos días visitarían P. Rápidamente recostó su cuerpo al lado de su nieta. “¿Por qué no me doy cuenta de que ya estoy vieja?”, se lamentó. Pero en ese momento, en un instante, sólo algunos segundos antes de quedarse dormida, le pareció oler el perfumado aroma del cuerpo del extraño joven.

El día siguiente sería muy ocupado para Sri y Ginuk. Aunque Ginuk sabía que con seguridad su abuela la esperaría a que regresara de la escuela para después ir juntas al mercado a hacer las compras, siempre se inquietaba y le recordaba a su abuela:

—Mamá, en serio eh, no me vayas a dejar, ¿sí?

—No, no.

—Después no olvides comprar una Marie Real, comprar dulces y una alcancía de tigre.

—¿Una alcancía de tigre?, ¿te pidió tu hermana Tun que la compraras?

—Sí. Me dijo mi hermana Tun que quiere ahorrar mucho dinero para mí. Quiere comprarme ropa. Es buena ¿verdad?, mi hermana Tun.

—Oh sí, tu hermana Tun siempre ha sido buena.

Sri estaba confundida porque no recordaba cuándo había pedido Tun la alcancía. Qué extraño. ¿Podía guardar dinero estando presa? ¿O era solamente un deseo e ilusión de la misma Ginuk?

—Ya está bien, ya vete a la escuela.

—Sí, sí. Después quiero dibujar para mi hermana Tun. Y quiero cantarles mañana una canción, hay una canción nueva muy bonita que hizo mi hermana Tun.

—¿Qué le quieres cantar a tu hermana Tun?

—Las elecciones generales y El árbol de cedro.

Esa tarde estuvieron muy ocupadas Sri y Ginuk. Después del mercado Ginuk no quiso dormir la siesta, sino dibujar y cantar. Sri cocinó *gudeg*,<sup>9</sup> porque hacía mucho tiempo que Tun no lo comía. Después empaquetó varios alimentos que serían la despensa de Tun para un mes. Carne seca, coco seco, dulces, galletas. Cuando llegaba ese día, Sri sentía que toda la fuerza que tenía se agotaba por completo. Gastaba todos sus ahorros del mes para comprar lo necesario y alegrar el corazón de Tun. Su mente, sus sentimientos, todo estaba concentrado en el viaje para visitar a Tun. ¿Cómo estaría? ¿Cómo serían sus sentimientos y su actitud? ¿Habría algún cambio específico en ella? ¿Más triste, callada o amargada? ¿O al contrario, poco a poco más resignada para así poder estar un poco alegre? Sri

<sup>9</sup> Platillo tradicional javanés hecho de pan de árbol en salsa de leche de coco.

siempre tenía la esperanza de que pudiera aprender a ser resignada, como su abuela le había enseñado a ella en el pasado. Sri había dejado desde el principio que su hija creciera de acuerdo con sus propias capacidades; sin embargo, poco a poco le había transmitido algunas enseñanzas javanesas. En los días de visita, además de imaginársela así, Sri medía qué tan lejos o cerca estaba de hacer feliz a su única hija. Incluso no sólo era su única hija, sino casi lo único que le quedaba. Medía eso a través de lo completos que fueran los preparativos y su preparación misma para el viaje. ¿Estaban ya comprados todos los encargos de Tun y lo que deseaba Ginuk? ¿Había suficiente dinero para todos los preparativos? Si veía que el dinero no era suficiente, se reprochaba a sí misma o a su destino. Consideraba que no se había esforzado bastante en buscar clientes de masaje para poder tener más dinero.

Sentía que el destino era demasiado despiadado y demasiado cruel al no darle la oportunidad de adquirir un pequeño lujo para llevárselo a su hija. Pero si el dinero era suficiente y podía comprar todo lo que quería para llevarle a Tun, ¡qué alegría! Se sentía feliz porque pensaba que cumplía con su deber de madre. Se sentía feliz porque podía comportarse como Kunti, quien había aceptado de todo corazón padecer el sufrimiento de sus hijos junto con ellos.

Al atardecer, Sri sentía que había terminado de hacer todos los preparativos. El *gudeg* ya daba señales de que iba a quedar como ella había esperado. Tenía suficiente piloncillo y coco maduro. Había arreglado bien el fuego; era imposible que el *gudeg* no quedara bien cocido. Café, sabroso, dulce.

Pero entre más avanzaba la tarde, más empezaba a inquietarse; su corazón latía aceleradamente, se encontraba intranquila. De pronto decidió que quería bañarse pronto, con agua caliente y jabón perfumado “Lux” que acababa de sacar de su empaque. Y cuando se estaba bañando cepilló sus dientes varias veces. Talló repetidamente su cuerpo con jabón y agua caliente. Olió la piel de su cuerpo en varias ocasiones. Cuando terminó de bañarse entró rápidamente a la recámara;

quería cambiarse de ropa. Después recordó que debía darle a Ginuk su cena en la boca (y Ginuk ya tenía seis años, ¡qué niña tan mimada!); rápidamente se encargó también de eso. No le permitió a su nieta hacer berrinche como de costumbre. La obligó a sentarse callada junto a ella para que le diera su cena. Para Sri no fue muy difícil que Ginuk la obedeciera, porque la “amenazó” con no llevarla a ver a Tun si no lo hacía. Después de terminar de alimentar a su nieta, entró a la recámara para cambiarse de ropa.

Su nieta generalmente entraba y salía de la recámara mientras ella se cambiaba de ropa, pero en esta ocasión, entre regaños, le ordenó que jugara afuera. Cuando terminó de arreglarse el cabello se preguntó en su corazón qué debía vestir esa noche. ¿Qué? También, ¿por qué debía preguntárselo? ¿Que no estaba ya claro qué era lo que debía usar cada vez que tenía que ir a dar masaje? Si no era el *lurik* café, el *lurik* azul, ¿no? Sí. Pero esa noche Sri sentía que su *kebaya* y su *kain* de *lurik* ya estaban viejos. Tomó la *kebaya* de *lurik* azul y su *kain* del cajón. Los observó debajo de la luz para estar más segura de que esa ropa realmente ya estaba descolorida. “Sí, ya está descolorida”, se quejó Sri. Guardó de nuevo la ropa en el cajón y veloz y hábilmente tomó una tela de *batik tulis*<sup>10</sup> de marca Sidomukti que le había dado el señor Jumadi hacía ya tiempo, y una *kebaya* hecha de *chiffon*. Se vistió, se arregló y se paró frente al espejo. Se le veía la frente sudorosa. “¡Ay, Dios!”, exclamó. Su cuerpo también estaba sudoroso. Rápidamente tomó un pañuelo y se secó repetidas veces. Tomó un aceite perfumado, lo roció en su cuello y en su pecho. Se puso perfume varias veces detrás de las orejas. Terminó. Ah, se sentía demasiado calor en la recámara, pensó. Es mejor esperar afuera. Sólo se pudo quedar un momento afuera, ahí también se sentía mucho calor a pesar de que el aire del atardecer soplaba con fuerza. El árbol de mango de la esquina del patio, en donde los pájaros anidaban por las noches, mecía sus hojas al ritmo del viento. Ginuk todavía ju-

<sup>10</sup> El *batik* pintado a mano.



gaba en el patio con los niños de sus vecinos. Sri la llamó para que entrara a la casa, le ordenó que se limpiara los pies y que se metiera a la cama, una vez más la amenazó con no llevarla a P si no la obedecía de inmediato. Ginuk entró obedientemente a la casa, aunque tal vez en su corazón se preguntaba por qué su abuela estaba tan estricta esa noche.

Después de que Sri vio a su nieta acostarse en la cama, se quedó dando vueltas en la sala. ¿Por qué se le había hecho tarde esa vez a Gimán para ir a recogerla?, pensó. Porque ya daban casi las siete de la noche. Ah, sí, apenas las siete de la noche. No era la hora habitual para que la recogiera del hotel para ir a dar masaje, sino pasadas las siete y media. Volvió a dar vueltas en la sala; sentía que el tiempo avanzaba a gatas, demasiado lento. Pero cuando por fin oyó la voz de Gimán al frente de la puerta que decía “*Kulo nuwun*, señora Marto”, su corazón latió muy rápido, y sintió su cuerpo débil, por lo que decidió simplemente sentarse en lugar de caminar a abrirle la puerta a Gimán. “*Kolo nuwun*, señora Marto.”

Lentamente Sri se levantó de la silla y abrió la puerta.

—Vamos, señora Marto, ya la está esperando el huésped de ayer.

—Espere.

Entró despacio a la recámara. No sabía a qué, ni tenía nada que hacer. Después se acercó a Ginuk, quien todavía no se dormía pero permanecía recostada. Tocó la mejilla de su nieta, y salió para seguir a Gimán y atravesar la noche con dirección al hotel. En la calle no sabía qué hacer con su corazón y su mente, porque veía a Gimán dirigirse hacia un Mercedes blanco que estaba estacionado. ¡Ay, Dios! En un carro tan grande como ése, pensó Sri. Y cuando el enorme y frío carro marchó con rapidez hacia el hotel que se encontraba a las orillas de la ciudad, Sri no sabía qué más debía pensar. Solamente tenía tiempo de observar fragmentos de imágenes mientras viajaba. Cuando finalmente los árboles de tamarindo de las orillas de la ciudad empezaban a verse, Sri le pidió al chofer que detuviera el carro un momento. Sentía su cuerpo frío.

—¿Qué pasó, señora Marto?”, preguntó Gimán.

—Hace frío. Mi cuerpo está todo frío, Gimán.

—Oh, es el aire acondicionado. Si es así, simplemente lo apago.

El chofer apagó el aire acondicionado, pero Sri todavía no le indicaba que siguiera su camino.

—¿Qué le parece señora, continuamos el camino?

—Eh, un momento, Gimán. Eh, por favor compre unas pastillas de dulce Davos con el vendedor de cigarros que está ahí.

Gimán, un tanto confundido, fue a comprar las pastillas. Después, le entregó a Sri el paquete y ella le ordenó que el carro siguiera su camino. Sri simplemente se metió dos pastillas Davos a la boca.

Sri encontró el cuarto del hotel en penumbras, solamente alumbrado por una pequeña lámpara para leer sobre la mesa, a un lado de la cama. El joven al que había masajeadó el día anterior descansaba boca arriba con los brazos abiertos sobre la cama, dispuesto para que le dieran masaje. Se había quitado toda la ropa, solamente usaba trusa. Sus ojos estaban cerrados. Sri permaneció callada; de pie observaba el fornido y atractivo cuerpo recostado tranquilamente. Después, con parsimonia colocó su chal sobre una silla y su bolsa sobre la mesa. Caminó hacia el baño para lavarse las manos; en el enorme espejo de la puerta del baño, Sri vio a Sri desde la cabeza hasta los pies. Su ropa estaba muy bien planchada, ordenada y completa. “¡Para qué arreglarse así!”, exclamó; “ni siquiera me ve”. Enderezó los hombros, se arremangó la *kebaya*, lista para empezar a dar masaje. “Empieza, ése es tu trabajo”, ordenó Sri a su corazón.

Lentamente, tocó y estiró las piernas fuertes pero suaves del muchacho. Oh, qué agradable es dar masaje a un cuerpo hermoso. El corazón y la mente de Sri, que se habían sentido tan inquietos antes, se calmaron en cuanto comenzó con el masaje. Su corazón estaba tranquilo porque parecía que ahora comprendía por qué se había sentido tan inquieto antes. Dar masaje, ése era su trabajo.

Pero dar masaje a un hombre realmente tan fuera de lo común, atractivo, era también algo fuera de lo común.

El difunto Mas Marto, la única persona a la que había amado, no tenía un cuerpo hermoso. Eso lo sabía Sri. Pero, ¿cómo había sido ese cuerpo en el pasado? ¡Ay Dios!, ¿por qué es realmente tan difícil imaginarlo de nuevo? Piernas, muslos, brazos, naturalmente todo era pequeño, pero ¿cómo pequeño?

Se sentía confundida porque realmente no sabía con seguridad cómo era la forma del cuerpo del hombre que había sido el más cercano a su vida, con quien había dormido durante 12 años. Mientras que de ese joven podía imaginar la forma de su cuerpo y cada una de sus partes. A Mas Marto se lo imaginaba Sri en conjunto como Mas Marto. Mas Martokusumo, el hombre al que ella le había entregado su destino y su amor. Por eso ella podía imaginar su sonrisa, la entonación de su canto y su voz, junto con el aroma de su cuerpo, el cual, oh, era muy diferente al de ese muchacho. Pero las piernas, los brazos, los dedos, el pecho (oh, sí, Mas Marto no tenía vello en el pecho), nada de eso podía imaginarlo. Mientras que de ese joven podía imaginar con los ojos cerrados la forma de sus dedos largos y rectos, que resultaban extraños para un cuerpo tan grande. Con esto sólo se comprobaba que era un muchacho de ciudad que nunca había hecho trabajos pesados. También su pecho, sus piernas, sus muslos. ¡Huh!, exhaló Sri lentamente. Ahora masajeaba hasta el muslo. Se sentía diferente ahí. Fuerte, pero seguramente diferente de la fuerza de un campesino. El joven aún seguía con los ojos cerrados y desde el principio no le había dirigido ni una palabra a Sri. No la saludó, no le preguntó nada. Después ella empezó a compararlo con los otros hombres a quienes les había dado masaje. ¿Cómo eran ellos? Oh, ellos eran cúmulos de carne y sus músculos eran muchos e indefinidos. Incluso del más amable, alegre y que más hablaba con ella, el señor Jumadi, Sri sólo podía imaginar su diente de oro, su voz cuando cantaba (extrañamente no su voz cuando hablaba) y su aliento con olor a cigarro de clavo.

“Era extraño y simpático ese hombre”, pensó Sri. Ahora su mano había llegado hasta el pecho del joven. Oh, que suave era el vello de su pecho. Parecía el vello de un pincel para acuarela como el que usara en la escuela en el pasado.

Repentinamente, el joven gimió y por segunda ocasión Sri no estaba preparada para detener su abrazo y evitar que la atrajera hacía sí. Sus fuertes manos simplemente ya la habían recostado sobre su pecho. Y como la noche anterior, su mano comenzó a acariciar el cabello, el peinado, la espalda de Sri, y sus labios empezaron a rozar su frente, sus mejillas y sus oídos. Y como el día anterior, Sri lo permitió. Pero después, poco a poco, sintió una vibración diferente en el joven. Las caricias acompañadas con el roce de sus labios se volvieron más fuertes, pero seguían un ritmo más vibrante y pulsaciones más intensas. Después esto se elevó con un movimiento para girar de la misma forma que la noche anterior. Ahora el joven la abrazó, la atrajo hacía sí, recostó el cuerpo de Sri a su lado y se lo acercó fuertemente. El joven quería “acurrucarse” con Sri. Ahora el muchacho besaba sus labios. Por un largo rato ella lo aceptó, no lo rechazó, incluso se lo permitió y aún más, sentía que lo disfrutaba. Después su corazón volvió a latir más fuerte, más fuerte. Y el joven empezó a gemir y a quejarse. La misma Sri estaba sorprendida con lo fuerte que latía su corazón. No era como antes, cuando había empezado el masaje y se sentía ya tranquila. ¿Por qué latía así su corazón y su respiración se sentía cortada? ¡Ay Dios!, exclamó Sri, parecía como cuando Mas Marto había empezado a hacerle el amor por primera vez. La respiración acelerada, el estremecimiento en las piernas y en las manos, y la reacción de su cuerpo hacían que su corazón latiera así y su respiración se cortara, ¡oh!, esa sensación regresaba una y otra vez. Esa sensación, “¡oh, Dios mío, dame fuerzas!”, se oyó de pronto a sí misma quejarse en su corazón. Y casi en forma automática sus manos trataron de quitarse de encima el cuerpo del muchacho. Repentinamente empezó a rogarle al joven:

—Señorito, ya ¿sí?, señorito. Ya, ¿sí?

El joven seguía gimiendo lentamente y tratando de seguir “acurrucado” con Sri. Y Sri sin saber qué orden la empujaba, en medio de su propio disfrute y la atracción que sentía por el joven, quería liberarse del “abrazo” del muchacho. Mientras seguía pidiéndole que la dejara, Sri trataba de liberarse de sus brazos.

—Ya, ¿sí señorito? Ya. Debo de irme, señorito.

El joven volteó su cuerpo otra vez boca arriba y Sri quedó libre. Ahora el muchacho abrió los ojos y la observó.

Sri, que ahora estaba sentada en la orilla de la cama, lo observó a su vez, pero en cuanto capturó el brillo de sus ojos, rápidamente desvió la mirada hacia abajo, hacia la sábana blanca. Aún podía ver el rayo de los ojos del extraño joven; esos ojos parecían tener fuerza para invitarla a regresar a la cama; esos ojos parecían los de un niño que quisiera chantajear a su mamá para que lo arrullara y le contara un *dongeng*<sup>11</sup> en la cama. Sintió miedo, pero también la alegraba ver esos ojos; sentía miedo de tener que rendirse, dormir, “acurrucarse” con él. Sí, porque todavía podía alegrar un corazón joven. Los ojos de Tun y de Ginuk no eran muy diferentes de los de ese muchacho cuando le pedían por las noches que las arrullara.

“Oh, Dios. Tuuun, hija, perdona a tu madre”, rogó repentinamente Sri en su corazón. Sintió la mano del joven que tomaba su brazo. Se sorprendió, pensó que la iba a recostar de nuevo. Sorprendentemente, el joven tomó el brazo de Sri para ayudarse a levantar de la cama. Ahora eran dos personas sentadas juntas en la orilla de la cama. El muchacho sostenía el brazo de Sri, la observaba. Mientras tanto ella aún seguía con la cabeza agachada, viendo la sábana blanca.

Ahora el joven acariciaba otra vez la mejilla y la frente de Sri con los dedos de la otra mano. “Oh, no, no, no, Tuuun”, se quejó Sri en su corazón. Y sin más, el muchacho se acercó a Sri con rapidez y la abrazó. Y Sri también así, simplemente imitó el gesto, abrazando fuertemente al joven; sus ojos estaban cerra-

<sup>11</sup> Cuento de hadas.

dos fuertemente y sintió brotar algunas lágrimas que corrieron por sus mejillas. En medio de ese fuerte abrazo había dos seres humanos: una mujer con casi cincuenta años de edad, y un hombre de casi treinta años, ocupados en una conversación privada en su propio idioma.

—Oh, hija, perdona a tu desafortunada madre.

—Huh, huh, señora, abráceme fuertemente. Continúe, sí, por muchas horas.

—Oh, hija, seguro que voy a ir a ti mañana. No te preocupes. *Gudeg*, coco seco, dulces, galletas María Real y Ginuk, tu madre te va a llevar todo. No te preocupes, Tuuuun.

—Mañana en la noche te voy a recoger, señora. Te voy a llevar a escondernos en la montaña. Pasaremos la noche en una villa silenciosa. Yo estaré desnudo, tú con tu *kain*, tu *kebaya*, chal y el cabello recogido y nos “acurrucaremos” hasta el amanecer. Hasta el amanecer, sí señora. Hasta el amanecer...

—Oh, Señor mío, dame fuerzas. Dame fuerza Señor. Mas Marto, amor mío, perdóname ...

Y permanecieron abrazados, inmersos en su conversación privada. Y continuaron hablándose con el corazón en ese abrazo. Y la noche se hizo más y más profunda.

## V

El Mercedes blanco atravesó la callada noche. Frente a un callejón se detuvo por un momento, una mujer descendió de él y el carro volvió a ponerse en marcha. Sri entró lentamente al callejón que conducía a su casa.

En el silencio de la noche el callejón parecía zigzaguar sin fin.

Frente a su casa, se sentó en una banca de bambú ya a punto de romperse. Se abanicó el cuello con su chal. Suspiró profundamente. En realidad, el aire no estaba realmente muy caliente, el cielo estaba muy limpio; miles, millones de estrellas lo rociaban y el aire no soplabla.

Meditaría esa noche, tal vez recibiría un nuevo *wisik*, pensó Sri. ¿Una iluminación? Eso ya se lo habían dado hacía algunos años, ¿no? Dar masaje. Ése era el mensaje que aún estaba vigente. “Si mañana bajo del camión en P, llevo de la mano a Ginuk hacia la cárcel y me encuentro con Tun, sabré que necesito un mensaje de nuevo. Entra, duerme, mañana el camión sale a las seis de la mañana.”

Entró. En la recámara empezó a quitarse la ropa pieza por pieza: su *kebaya* de *chiffon*, el *kain* de *batik tulis* de Sidomukti...

—Mamá, ¿ya es de mañana? ¿Ya nos vamos?

En el espejo Sri vio a Ginuk levantarse de la cama.

—Todavía no, hija, todavía no. Vuélvete a dormir. Apenas es la una de la mañana.

—Antes de dormirme, quiero cantar para mi hermana Tun.

—Canta, pero no muy fuerte.

Sri se quitó sus joyas. Se soltó el cabello. Se puso su camisión raído. En el espejo veía a una mujer cansada, con el

cabello suelto, casi vieja, pero aún podía sonreír un poco. ¿Era verdadera esa sonrisa? Sri no le habló ni le preguntó nada a esa mujer porque Ginuk ya había empezado a cantar...

“Árbol de cedro, el árbol más viejo...”

Honolulu, a 17 de abril de 1973.



## ANEXO

### 1. *Mahabarata y Ramayana*

Muchos elementos de la sociedad javanesa provienen de la cultura hindú; por ejemplo, las historias épicas del *Mahabarata* y el *Ramayana*, que son parte de la vida de los javaneses. En la versión javanesa de la historia épica del *Mahabarata* se narra la vida de un hombre llamado Pandu. Él tuvo cinco hijos con su esposa Kunti, los cinco eran llamados Pandawa. En esta historia Kunti representa a la madre perfecta. Uno de los cinco Pandawas es Arjuna, símbolo del hombre perfecto. Su esposa se llama Sembadra, también descrita como la esposa perfecta. Los Pandawas tuvieron primos, los llamados Kurawa. Después hubo una guerra entre Pandawas y Kurawas que fue conocida como la guerra Batarayuda. Los Pandawas recibieron la ayuda de Kresna y Baladewa, hermanos de Sembadra, dioses con gran poder entre los dioses. En la versión javanesa de la historia épica del *Ramayana* aparecen el rey Rama y su esposa Sinta. Son una pareja perfecta. Un demonio que se llama Rahwana quería casarse con Sinta y la llevó a su hogar. Rama peleó con Rahwana para salvar a Sinta con ayuda de Hanoman, un mono blanco.

### 2. *Wayang*

*Wayang* es un tipo de teatro tradicional javanés que nació alrededor del siglo X. Existen tres tipos de wayang: *wayang kulit* (teatro de sombra), *wayang golek* (úteres) y *wayang orang* (teatro). Este teatro se realiza tanto para entretener como para hacer propaganda. Muy a menudo las historias épicas del *Mahabarata* y el *Ramayana* son representadas por los wayang.

### 3. *Jamu*

Es una bebida tradicional hecha de raíces y hierbas que sirve para cuidar la salud y belleza del cuerpo y como medicina tradicional contra las enfermedades. Los javaneses, principalmente las mujeres, suelen tomar *jamu*, ya que se cree que ayuda a embellecerlas y a su fortalecimiento sexual.

### 4. La contemplación

En la sociedad indonesia existe la creencia de que si alguien desea algo, para su realización necesita fortaleza. Esa fortaleza puede ser recibida por medio de la contemplación; por eso se debe limpiar el alma con ayuno y meditación. La contemplación también se hace para obtener alguna solución de los problemas que se tengan. La gente cree que después va a recibir un *wisik* (mensaje) por medio del sueño o de algún sentimiento.

### 5. Partido Comunista

En el periodo del presidente Soekarno (el primer presidente de la República de Indonesia) el Partido Comunista tenía una gran fuerza y era apoyado por varios sectores de la sociedad, como maestros, estudiantes, campesinos y mujeres del campo. El partido aglutinaba a muchas organizaciones como el Corps Gabungan Mahasiswa Indonesia (CGMI), “Cuerpo de Asociación Estudiantil Indonesia”, Gerakan Wanita Indonesia (Gerwani), “Movimiento de las Mujeres Indonecias”, Barisan Tani Indonesia (BTI), “Cuerpo Voluntario de los Campesinos Indonecios”, entre otras. El 30 de septiembre de 1965 hubo un conflicto político en la fuerza armada en el que fueron brutalmente asesinados siete generales. Según el punto de vista que expuso el gobierno de Soeharto (el segundo presidente de la República de Indonesia) cuando gobernaba, dicho asesinato fue planeado por todas las organizaciones del Partido Comunista. Por eso, en el año 1966, el gobierno de Indonesia disolvió y

prohibió oficialmente al Partido Comunista, que no estaba de acuerdo con el concepto básico del país Indonesia, que es el *Pancasila* (Cinco Principios Básicos de la Nación de Indonesia), ya que en éste se habla, entre otras cosas, de que en Indonesia se debe creer en un solo Dios, sin importar cuál sea.



## BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Umar Kayam nació el 30 de abril de 1932 en Ngawi, este de Java. Después de haber estudiado en la Universidad de Gajah Mada en los años cincuenta, participó activamente en actividades culturales estudiantiles.

Comenzó su carrera en los años sesenta escribiendo novelas. Su obra *Seribu Kunang-Kunang di Manhattan* (Mil luciérnagas en Maniatan) recibió el premio a la mejor novela de la revista *Horison* en el año de 1968.

Umar Kayam estudió en la Universidad de Nueva York y obtuvo su doctorado en la Universidad de Cornell en Estados Unidos. Su tesis se titula “Aspects of Interdepartmental Coordination Problems in Indonesia Community Development” (Aspectos de los problemas de coordinación interdepartamental en el desarrollo comunal en Indonesia). Entre los académicos sostuvo la idea de que la cultura no es un hecho, sino un proceso, y el proceso en la cultura es como un ciclo que siempre se repite.

Por algunos años fue director de la Asociación de Publicaciones Universitarias. De 1966 a 1969 fue director general de la Radio, Televisión y Cine de la Secretaría de Información de la República de Indonesia. De 1969 a 1972 ocupó la dirección del Dewan Kesenian Jakarta (Consejo Cultural de Yakarta), y fue miembro del Board of Trustee Internacional Broadcast Institute en Roma, Italia, por dos años. Fue docente en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Indonesia y del Instituto de Estudio de Arte de Yakarta. También fue catedrático en la Facultad de Literatura de la Universidad de Gajah Mada y ocupó el cargo de director del Centro de Investigación de la Cultura y Transformación Social de la Universidad de Gajah Mada.

*Sri Sumarah* se publicó por primera vez con otras novelas cortas en un libro titulado *Sri Sumarah dan Bawuk* (Sri Sumarah y Bawuk) en el año 1975 por Pustaka Jaya. También escribió otras novelas: *Para Priyayi* (Los Priyayi), *Mangan Ora Mangan Kumpul* (Siempre estar juntos) y *Sugih Tanpa Banda* (Meditación sin ofrenda), así como obras diversas, entre ellas: *Semangat Indonesia* (El espíritu de Indonesia), *Sebuah Perjalanan Kebudayaan* (Un viaje de civilización), *Affandi* (Affandi) y *Transformasi Budaya* (La transformación cultural). Umar Kayam murió en Yakarta el 16 de marzo de 2002, dos semanas antes de cumplir setenta años. Sin duda, fue uno de los grandes escritores y académicos de Indonesia.

*Sri Sumarah*

se terminó de imprimir en abril de 2008  
en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V.,  
Matamoros 112, col. Raúl Romero,  
Ciudad Nezahualcóyotl, 57630 Estado de México.  
Formación: ABASTANZA  
Portada: Irma Eugenia Alva Valencia.  
Cuidó la edición Ixchel Barrera,  
bajo la supervisión de la Dirección de Publicaciones de  
El Colegio de México.





Sri Sumarah lleva en el nombre su destino. Modesta y digna, dispuesta a seguir el camino trazado pero también capaz de resignificar palabra y vida, de aceptar el cambio. En esta bella novela de Umar Kayam (1932-2002), la tradición literaria javanesa ilumina la trayectoria de una mujer puesta a prueba por la desventura personal, los trastornos políticos y la intensidad del deseo. *Nouvelle* de aprendizaje, historia de tres generaciones de mujeres, narrada con gran sensibilidad, *Sri Sumarah* invita a repensar temas a la vez clásicos y actuales: el sentido de la sabiduría, la lealtad, el lugar de la mujer en el mundo. (Lucía Melgar, PUEG-UNAM.)

*Sri Sumarah* nos ofrece un gran panorama de la vida de una mujer javanesa, una viuda que lucha por su hija y su nieta. Un trastorno político evidencia los contrastes entre la educación tradicional y los acelerados cambios en la sociedad, que Sri afronta con la fuerza que le confiere su nombre, *sumarah*, “resignación”. Sin embargo, Umar Kayam no sólo habla sobre la cultura, el pensamiento y la situación sociopolítica en Indonesia en las décadas de 1960 y 1970, sino ofrece una reflexión de una Indonesia confrontada por la modernidad. (Andung Nitimihardja, embajador de la República de Indonesia en México.)

